
3 1761 04944621 4

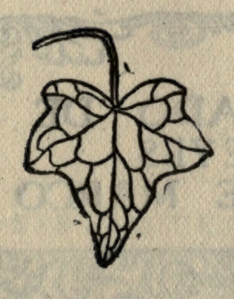


# OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO

## TOMOS PUBLICADOS

I.—PERLAS NEGRAS.—MISTICAS
II.—POEMAS
III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS
IV.—EL ÉXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO
V.—ALMAS QUE PASAN
VI.—PASCUAL AGUILERA.—EL DONADOR DE ALMAS
VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA
VIII.—JUANA DE ASBAJE
IX.—ELLOS
X.—MIS FILOSOFÍAS
XI.—SERENIDAD
XII.—LA AMADA INMOVIL
XIII.—EL BACHILLER.—UN SUEÑO.—AMNESIA.—EL SEXTO SENTIDO
XIV.—EL DIAMANTE DE LA INQUIETUD.—EL DIABLO DESINTERESADO.—UNA MENTIRA
XV.—ELEVACIÓN
XVI.—LOS BALCONES
XVII.—PLENITUD
XVIII.—EL ESTANQUE DE LOS LOTOS.
XIX.—LAS IDEAS DE TELLO TÉLLEZ.—COMO EL CRISTAL

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO




TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO





OBRAS COMPLETAS DE
AMADO NERVO — *Volumen* XIX

# LAS IDEAS DE TELLO TÉLLEZ

## COMO EL CRISTAL



BIBLIOTECA NUEVA — MADRID


LIBRARY
1973
UNIVERSITY OF TORONTO

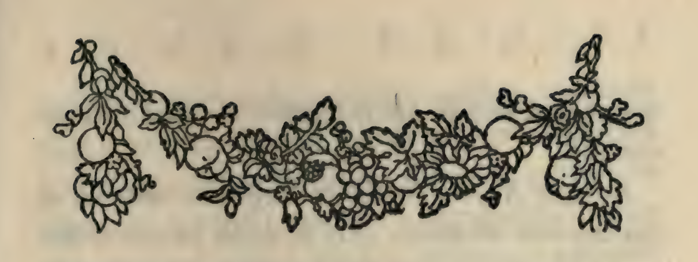


En *1915, Amado Nervo, transitoriamente alejado de sus funciones diplomáticas por los azares de la política, entregó esta colección de artículos a don Claudio Santos González, para la* Colección Mercurio *que éste proyectaba por entonces. El señor González, respetuoso para la memoria del amigo muerto, nos ha cedido bondadosamente sus derechos.*

*En* Las ideas de Tello Téllez *reune Nervo—aparte de los artículos que, bajo este mismo nombre, aparecieron en la* Revista de América, *publicada en París por los hermanos García Calderón—varias otras páginas que aparecieron en revistas y periódicos de Europa y América, cambiándoles—según era*

*su costumbre—ya el título, ya algunos pasajes del texto mismo, a fin de lograr la unidad del conjunto. Así, el contenido actual de la colección—en la forma definitiva que su autor le dió—es más abundante que el de la publicada en Montevideo por Claudio García en 1919, bajo el nombre de* Ideas y Observaciones filosóficas de Tello Téllez, *puesto que ésta se limita a los artículos publicados en la* Revista de América, *y completa las 61 páginas añadiendo algunos artículos aislados: cuatro tomados de* Almas que pasan (El miedo a la muerte, *con muchos párrafos suprimidos) y otro tomado de* Plenitud.





## *PALABRAS DE RUBÉN DARÍO*

### I

CUANDO acaba de ascender en la carrera y el Gobierno de S. M. C. acaba de condecorarle, un nuevo libro de poesías viene a demostrar que el peso del uniforme no impide el vuelo. Indico a Amado Nervo.

Este hombre dulce de cabeza cristiana, porta una espada decorativa. En nada se opone a la normalidad de las cosas que quien ha nacido para monje concluya sus pacíficos días en el noble y ceremonioso cargo de introductor de embajadores, y substituyan a los ágapes conventuales los áulicos ban-

quetes, y al untoso «benedictine» el toast bien recortado.

Aunque Amado Nervo es mejicano, nada en él encontraréis de azteca. ¿Os he dicho ya que se parece a Jesucristo? Mas ahora caigo en la cuenta de que os estoy hablando del Amado Nervo que yo he conocido hace algunos años en París, y cuyo busto, plasmado por el escultor Nava, su compatriota, figuró en uno de los Salones. Sí, aquel Nervo tenía ciertamente una cara israelita y un aire nazareno. El de hoy, mutilado,—pues extirpó su bella barba característica y apartó su amable aire de ensueño—, es el que corresponde a las atenciones del protocolo y al diario contacto con su jefe, el notorio mundano y distinguido señor de Béistegui: el mismo que regaló, si no me equivoco, al museo del Louvre de París, una famosa colección numismática.

En París pasamos juntos días de ilusión y de alegría, pimentados con el poco de locura y capricho que los bizarros años y el medio nos exigían. Allí tuvimos ciertas relaciones extraordinarias, ciertos amigos fantásticos; entre ellos el pintor Henri de Groux, loco o genio; pero, desde luego, un tipo desconcertante; el cual nos fué presentado por otro

personaje prodigioso, músico y oculista, que tenía unas hijas encantadoras y nos leía unos alucinantes comentarios del Apocalipsis... Nervo ha hablado en alguno de sus libros, aunque someramente, de esos días incomprensibles. Nuestro contagio se extendió por el Barrio Latino, adonde fuimos a perturbar la calma de unos cuantos pintores y escultores, compatriotas de Nervo y pensionados por su Gobierno.

¡Oh!, en diez años, ¡cómo ha cambiado el escenario y la corriente de nuestras vidas!

Yo he admirado en Nervo siempre su amor de belleza, su culto misterioso de idealidad. El simbolismo influyó mucho en él. Después, libre su personalidad lírica, fué por todas partes, en vuelo y en armonía. Tras largas complicaciones estéticas, ha llegado a uno de los puntos más difíciles y más elevados del alpinismo poético, a la planicie de la sencillez, que se encuentra entre picos muy altos y abismos muy profundos. Por todo esto, pues, sabéis ya que Amado Nervo tiene mi amistad y mi admiración.

Desde *Perlas negras*, desde *Místicas*, obras suyas primigenias, simpaticé con su suave ideología y con su culta sentimentalidad. Oí sus misas—misas

rezadas—con fraternal devoción. Y al llegar a la República Argentina tuve el placer de ser el primero en dar a conocer a mis amigos intelectuales a aquel hermano que hacía cosas muy bellas en la tierra de Moctezuma.

⊠

Desde la publicación de sus primeros libros hasta el que acaba de parecer, *En voz baja*, la evolución de Nervo ha sido variada, pero siguiendo siempre un solo rumbo. Ha sido un admirable sincero y por eso mismo es un admirable poeta. Luego, tiene una individualidad. Es de esos poetas privilegiados que ponen algo inconfundible en lo que producen. Para quien conozca su obra, una poesía de Nervo no necesita la firma. Además, es un poeta aristocrático, en el sentido original de la palabra. Su música es *di camera*. Ha cantado casi siempre *en voz baja*. Condición excepcional ésta en la sonante España y en nuestras Américas españolas, donde hay cada Stentor indígena y cada hombre-orquesta que ensordecen las ágoras. Así, de la risa diríase que no se oye en la producción de este lírico. A él se

le ve sonreir, y, como de su tiempo, esa sonrisa es triste. Además, él nos dirá en un dístico:

> El proverbio latino harta razón tenía:
> *Non est magnum ingenium sine melancholia.*

El poeta verdadero vive en su propia meditación, y la persecución de lo absoluto es causa de inenarrables angustias. Hay que hacerse un alma de notario o de sportsman para librarse de las malas consecuencias que traen las incursiones y exploraciones dentro del propio espíritu. La diplomacia también es bastante útil para el caso.

Nervo, entre sus primeros libros y el que está recién salido de la imprenta, ha convidado a los amadores de bellas flores artísticas a la visión de muy bellos «Jardines» decorados con los primores de su fantasía, y en donde cantan, pájaros de encanto, exquisitas estrofas. También ha dado, en prosa, narraciones enigmáticas, entre ciencia y sueño: y ha demostrado un filosófico humor, en páginas sencillas y excelentes.

Nervo está en una edad que en Francia le colocaría entre los muy jóvenes academizables; pero que en Italia le condenaría a ser devorado por los

futuristas del poeta Marinetti. Es célibe. Hombre de tranquilidad, de orden, con instintos de coleccionista y ciertos gustos de abad. Ha sido pronto y justamente ascendido en la carrera que hoy sigue, probando que, como decía alguien, los poetas, además de los versos, hacen tan bien o mejor que los otros hombres lo que éstos hacen.

Mas bueno será que os halaguen ya algunos sones del ideal instrumento que con tanto arte y sutil elegancia toca este músico singular.

*En voz baja* se compone de cuatro partes: la primera, que da el título a la colección; *La sombra del ala*, *Un libro amable* y *Del éxodo y las flores del camino*. El poeta dedica el volumen a su madre:

> Madre: los muertos oyen mejor:
> ¡sonoridad celeste hay en su caja!
> A ti, pues, este libro de intimidad, de amor,
> de angustia y de misterio, murmurado «en voz baja».

A una hermana espiritual expresa su deseo de poner en su obra

> el alma triste, arcana,
> sutil y misteriosa
> que tienen los paisajes.

Hay prosas y versos, diríamos en este caso, recordando a Flaubert, que quisiéramos estrechar contra nuestro corazón. Nervo no es de los incontenibles; es de los concentradores, de los de calidad. Creo que el poema de más extensión que ha escrito es *La hermana Agua.* El resto de su producción se cristaliza en gemas o se diluye en reducidos elixires.

Aquí, ya da una delicada nota de intimidad amorosa a una «cabecita rubia», nido de amor, rizado y sedeño; o de otra, dirá:

¡Es su faz un trasunto de ideal tan completo!
¡Son sus ojos azules de tan raro fulgor!
Sella todos sus actos un divino secreto...
¡No le habléis de amor!

¡Es tan noble el prestigio de sus manos sutiles!
¡Es tan pálido el rosa de sus labios en flor!
Hay en ella el misterio de los viejos marfiles...
¡No le habléis de amor!

Tiene el vago embeleso de las damas de antaño,
en los lienzos antiguos en que muere el color...
¡No turbéis el silencio de su espíritu huraño!
¡No le habléis de amor!

Sus intimismos no tienen relación con los de otros poetas, como Rodembach, por ejemplo. Su

«Vieja llave», hecha de manera tan moderna—¡y tan antigua!—es de una gracia melancólicamente doméstica, y siendo tan personal, encuentra en el lector un eco de canción conocida y de algo sentido por uno mismo. Son las reminiscencias de la casa de los primeros años, saudades de tiempos ya lejanos, que con su recuerdo traen al alma una vaga y sutil ternura. Y es algo criollo, algo americano y mansamente señorial al mismo tiempo:

Esta llave cincelada
que en un tiempo fué, colgada,
(del estrado a la cancela,
de la despensa al granero)
del llavero
de la abuela,
y en continuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores;
esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada,
¿para qué la he guardar?
Ya no existe el gran ropero,
la gran arca se vendió:
sola en un baúl de cuero,
desprendida del llavero,
esta llave se quedó.
Herrumbrosa, orinecida
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,

esta llave sin llavero
¡nada es ya de lo que fué!
Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena...
¡Me parece un alma en pena!
¡Pobre llave sin fortuna
... y sin dientes, como una
vieja boca; si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?
Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.
Tú sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tú, de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
de otros tiempos; tu cautela
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar:
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?
Tu torcida arquitectura

es la misma del portal
de mi antigua casa obscura,
(¡que en un día de premura
fué preciso vender mal!)
Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés mi prima, y yo,
nos dijimos tantas cosas
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó...
Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Esto es delicioso, sencillo y fino. No puede haber expresión más transparente y simple. De más decir que al autor de tales versos se le señala y clasifica entre los llamados modernistas.

En «Hojeando estampas viejas», el lírico tiene la imprecisa sensación de una vida anterior, heroica y amorosa. En «Ruego» pide a un «âme sœur», como dicen los franceses, piedad y suavidad: en «Tel qu'en songe» becqueriza a su modo.

Expresa extraños sentires que le hacen dudar de si aún existe en este mundo. O recuerdos indefinidos:

¡Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego en la noche desaparece;
que surge de un ignoto pasado,
que viene de muy lejos y como muy cansado;
que llega de las sombras de un tiempo indefinido
un recuerdo de algo muy bello que se ha ido
hace ya muchos siglos, hace... como mil años!
¡Y tantas desesperanzas!

Los alegres compadres protestan y se escadalizan. Es demasiada tristeza... ¿Qué les pasa a los poetas jóvenes de hoy, a los de la pasada y de la actual generación? ¿No hay cosas risueñas que contar?

Y los inenarrables de siempre:—¡Cómo! ¡Un poeta americano que sigue las huellas de tales o cuales desesperados europeos! ¿Y vuestros ríos que parecen mares? ¿Y vuestros bosques, y vuestros lagos, y la fecunda zona que el sol enamorado circunscribe? ¿Y los libertadores? ¿Y el oprobioso yugo y el león de España? ¿Y la virtud de vuestras matronas? ¿Y la patria, por fin? ¿Y la patria?

Muchas más interrogaciones hay que dejan estupefactos a los cisnes, bajo la sombra, no siquiera de Bonhomet, sino del convencido e inmortal farmacéutico. No, dicen los buenos gustadores, no hagamos caso de esas preguntas. En este bello

breviario, una desolada y encanecida Bella del Bosque durmiente, dice lo irreparable. Hay «languideza» en versos fatigados. ¿Quién dirá que no es hermosamente valiente y castizo ese romance que empieza:

Clavó su castillo el conde
en la roca más hostil
del monte...?

Y remembranzas de la pasada pasión, y cosas que habrían complacido a René y a Olimpio. ¡Un romántico! Sí, Nervo es un romántico. Un romántico del siglo XX. Esto no sienta mal, porque ya sabéis la opinión de Stendhal sobre el particular. El se declaró romántico. Y, además, era cónsul.

Saludemos, pues, a la señorita a quien en este libro se le expresa:

Angélica y Oriana,
Melisandra y Cordelia,
Margarita y Ofelia
te llamarán hermana.

A lo cual agrega el poeta fatal haciéndose el viejo. —¡No tanto, amigo mío, no tanto!:—

¡Oh! ¡Que no pueda yo, señora mía,
aguardar que el botón se vuelva rosa,
embotando del tiempo que me acosa
la tiranía!

Toda esta *nonchalance* impera en la primera parte del volumen *Cánticos discretos*, breves en su mayor parte, a la sordina, «en voz baja».

*La sombra del ala* debía estar bajo la invocación de Montaigne. Es un conjunto de variaciones sobre el *Que sais-je?* eterno.

... Pero, di, ¿qué esfuerzo cabe
en un alma sin bandera
que lleva por dondequiera
su torturador «Quién sabe»?
.......................................
Oh padre de los vivos, adónde van los muertos,
adónde van los muertos, Señor, adónde van.
.......................................
Oh buena hada, ¿tendrá Dios
piedad de nosotros?
.......................................

Mas, ya todos sabemos que el poeta puede cambiar con el instante, siendo su sucesión de impresiones y sensaciones a veces tan variadas como la naturaleza misma. De este modo, no causa extrañeza el paso de algunas horas sonrientes y de al-

gunos momentos optimistas. Aprobad, pues, que por estas, por aquellas razones, diga el cantor en veces: ¡está bien! Y, pues llega «papá Enero», estos versos:

Papá Enero, que tienes tratos
con los hielos y con las nieves
(y que, sin embargo, remueves
el celo ardiente de los gatos).

Guarda en tu frío protector
el cuerpo y el alma en flor
de mi niña de ojos azules
(en cuyas ropas y baúles
hay castidades de alcanfor).

Mantén sus ímpetus, esclavos,
mantén heladas sus entrañas
(como los *fjords* escandinavos
en su anfiteatro de montañas).

¡Pon en su frente de azahares
y en su mirar hondo y divino
remotos brillos estelares,
quietud augusta de glaciares
y claridad de lago alpino!

El vive la vida europea. Mas, de pronto le asaltan los recuerdos de su tierra. Madrigaliza a una niña de diez y seis años. A su amigo, el ex em-

bajador Casasús, noble poeta, escríbele clásicamente:

Libio, yo estoy prendado de tal modo
de la naturaleza peregrina,
que ansiando en mi amor loarlo todo,

Le grito ¡bis! al ruiseñor que trina;
¡olé! a la onda que cuajó en espuma
y ¡hurra! al sol que calienta y que ilumina.

¡Gracias! digo al clavel que me perfuma
o al lirio que brotó bajo mi planta,
y ¡bravo! a la oropéndola que empluma!

Y rima otras galanas palabras y casa otras lindas ideas, con una innegable maestría.

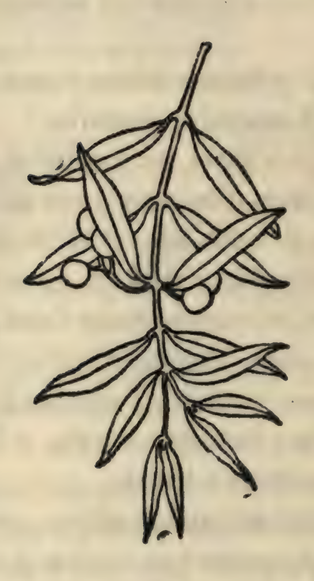
*El éxodo y las flores del camino* es la parte de verso de un libro en verso y prosa publicado con ese título. Es un corto *reisebilder*. Notas de viaje, líricamente expuestas y rimadas. Es su *Parcours du rêve au souvenir*; pero bastante lejos de Montesquiou—Fezensac!—Irlanda, Londres, Bretaña; y Paris, y mujeres y artistas; y otra vez París; y Flandes; y Lucerna y Bohemia; o Italia; y París y mujeres; y arte y París; y París!

¿Te acuerdas, mi querido colega, de aquella joven parisiense, que en una comida de amigos, en

su casa, te cantó unos versos hechos por ella, tan triste y tan dulcemente, versos de adiós? ¿Y que poco tiempo después se murió?... Aquélla era una de tantas ilusiones de París. Ahora me he acordado de ella.

Madrid, julio de 1909.

(*Los diplomáticos poetas*: AMADO NERVO, *primer secretario de la Legación de Méjico en Madrid*. Publicado en *La Nación*, de Buenos Aires.)





II

En varias ocasiones he escrito sobre la singular personalidad de Amado Nervo, y siempre con igual simpatía y con el mismo *intelletto d'amore.* ¡Ha sido tan gentil compañero de ensueños en este nuestro París amado, hace ya tanto tiempo! ¡Y es tan sutil poeta, tan comprensivo artista y tan dulce filósofo! Con decir que a pesar de los medios a que necesariamente conduce la diplomacia, su espíritu y su corazón de sensitivo no han sido contaminados por las promiscuidades de la carrera...

Yo no leeré nunca sin cierta emoción el libro titulado *El éxodo y las flores del camino*, en el cual,

entre versos deliciosos y prosas llenas del encanto de la juventud y del prestigio de un buen arte, recuerda, en conceptos ya de humor, ya de melancolía, nuestras horas parisienses, nuestra amistad con curiosos ejemplares de humanidad, y la persecución de los favores de Nuestra Señora y Reina la Belleza.

La evolución de Nervo, desde *Místicas* y *Perlas negras* hasta sus últimas producciones de piadosa o irónica—¡muy suavemente!—filosofía, y sus poemas cortos y sentimentales en que un gran dolor, de los íntimos y profundos, le ha hecho producir rítmicos y trémulos sollozos y llantos, es de un gran interés en el conocimiento de su personalidad intelectual. Una faz nueva se le ha reconocido: sus aficiones a los estudios astronómicos, disciplina que se aviene convenientemente con los vuelos líricos y las excursiones en que el pegásico ímpetu es el conductor.

Su antigua fe había tomado en los últimos tiempos un vago tinte dubitativo; mas el buen maestro Dolor le ha hecho de nuevo recordar la senda azul. Y luego, siendo favorecido por la Lira, tendrá siempre tiempo de ver florecer la primavera, con ojos, si conocedores de los lacerantes duelos, siem-

pre brillantes al resurgir de las auroras y al inmortal llamamiento de las esperanzas. El poeta está intacto. No es Amado Nervo el que la duquesa conoce, el que la marquesa invita a almorzar, el que tiene ya honrosamente marchitos los oros de su casaca diplomática. El sabe bien que en los salones, y sobre todo delante de sus colegas—como no sean de la familia apolínea—, no está bien confesar intimidades con las Piérides, ni proclamar afección al viejo y sagrado laurel, a menos de ser poeta como tal excelentísimo señor Ministro, que lo mismo confecciona un soneto circunstancial que pone asombro en los más intrépidos jugadores de *bridge*. ¿Sabrá el *bridge* ya Amado Nervo?...

Lo que sí sabe, y sabrá siempre, es infundir en sus versos, que se visten de sencillez y de claridad como las horas de cristal que anuncian la paz de los amables días, un misterio delicado y comunicativo que nos pone en contacto con el mundo armonioso que crea su voluntad intensa.

A veces, se creería en un desmayo de energía o en un desvío de forma. No hay nada de eso. Los conocedores saben lo que hay que saber para llegar a conmover lo hondo de nuestro sensorio con los procedimientos menos complicados, más sim-

ples y transparentes. Todo ello, está, por cierto, lejos de la pirotecnia verbal y de los descoyuntamientos de pianista que suelen tomarse como distintivos de una fuerza poética incontestable y que se achaca al influjo de un «modernismo»—llamémoslo así—que no hizo bien sino a quienes se lo merecían.

Una particularidad que he advertido en Amado Nervo desde sus obras de comienzo, es un vago soplo bíblico que suele hacerse percibir en estrofas, que se dirían acompañadas de música sacra.

... No olvidaré nunca la Semana Santa que pasara en París, allá por el tiempo de la Exposición, en constante compañía del pintor Henri de Groux, de otro pintor mejicano, de un joven, gallardo aficionado al teatro, también mejicano, y de Amado Nervo. Una noche, este soñador se nos desapareció, y hartos de buscarle en los lugares que solíamos frecuentar, se me ocurrió indicar que probablemente le encontraríamos en una de las iglesias en donde, por las sagradas celebraciones, se cantaba canto llano y se sonaban órganos sabios. Le buscamos, pues, en varias de ellas, y por fin le enconcontramos, lleno de fervor místico-artístico, en Notre-Dame, adonde había llegado después de

recorrer Saint-Severin, la capilla de la Sorbonne, Val de Grâce, Saint-Sulpice, hasta que fué a recalar en la catedral, que según un hugólatra, es la H del nombre de Hugo.

Había que oír en aquel tiempo a Amado Nervo, a quien yo llamaba fraile o monje del arte. Su unción, su saber de cosas religiosas, su aire mismo, daban idea de un admirable oblato, de un seguidor de Huysmans, a quien desde luego el mejicano ponía sobre su cabeza. ¡Todo pasa en verdad, y la juventud más pronto que todo! De aquellos años quedaron para el poeta los versos, imperecederos, y un amor, perecedero, cual la triste carne que Dios nos dió como armadura, frágil armadura, ante lo inevitable. El poeta ha clamado trenos y elegías. ¡Mas es suya el alba de oro!

(*Cabezas:* AMADO NERVO. Publicado en el *Mundial Magazine*, de París.)

RUBÉN DARÍO.





# LAS IDEAS DE TELLO TÉLLEZ



*A este Tello Téllez no lo he inventado yo.*

*En primer lugar, yo no invento jamás nada, y, en segundo, inventar a Tello Téllez no sería precisamente una hazaña.*

*Tello Téllez (o T. T., como he de escribir su nombre en lo sucesivo para economizar tinta) no fué ni un original, ni un* snob, *ni un «temperamento». No fué, en suma, nada importante. Perteneció a esa mesocracia a la que pertenecemos tantos y tantos. Nació, vivió y murió como los demás.*

*Pero—y aquí toco al nudo de la cuestión—T. T. era un hombre que pretendía tener ideas.*

*«Mis ideas», decía continuamente, como otro hu-*

*biese dicho: «mi sombrero», «mi bastón», «mi paraguas», «mi mujer».*

*Pretendía, además, que sus ideas debieran ser conocidas, y aun pasó por sus mientes la de escribir un libro.*

*Este libro debía llamarse:* Mis ideas, *así a secas.*

*Pero T. T. no escribió jamás el libro, limitándose a apuntar en muchas cuartillas, con letra menuda, opiniones diversas—«ideas diversas», decía él—sobre diversas cosas.*

*En cierta ocasión estuvo casi a punto de pergeñar el libro y de encontrar editor.*

*No lo alarmaron las condiciones ultra-onerosas que ese editor le fijó.*

*A T. T. no lo alarmaba nada en este mundo... ni la perspectiva de oir un poema épico en veinte cantos y en octavas reales. Pero sí fué obstáculo serio para la publicación de «la obra» cierta exigencia que lo molestó en sumo grado: El editor quería 350 páginas, ni más ni menos,* de ideas *de T. T. para una biblioteca especial que estaba publicando, «Biblioteca de Filosofía y Letras» si mal no recuerdo; y T. T. se negó rotundamente a tener ideas para 350 páginas. ¿Hizo bien? ¡Ah! no lo sé; pero a mí me gustó su* gesto.

*¡Cuántos poetas amigos míos han tenido que componer trescientas cincuenta páginas de versos para dar la medida, el almud editorial implacable!*

*No hay duda de que la negación (rotunda, lo he dicho ya) de T. T. vengó a esos míseros fabricantes de sonetos a destajo.*

*¡Oh, sombra de Lelian, que llevabas tu poemita diario a Vanier a fin de que te diese los 5 francos necesarios para tus ajenjos y demás vicios «adyacentes»... te recuerdo!*

*T. T. no publicó, pues, sus* ideas.

*Y a esto debes, amigo, el que las publique yo; siquiera sea fragmentarias, desordenadas, tal cual él me las dejó, sin principio ni medio ni fin.*

*¿Que por qué las publico?*

*¡Ah! si os enteraseis de las súplicas, los recordatorios, que me hizo T. T. antes de irse...*

*Porque deben ustedes saber que T. T. tuvo una idea buena entre tantas acaso malas: la de morirse joven, de un síncope cardíaco; es decir, tuvo dos ideas buenas: morir joven y morir de síncope.*

*El pobre andaba malucho del corazón, temía estirar la pata, y su obsesión eran sus* ideas.

*—«¡Que las publiques! ¡que no las pierdas! ¡que no me las eches al cesto!»*

*...Y las publico, amigos, así, desaliñadas a las veces; candorosas, otras; ultrarrevolucionarias quizá también, o sosas... o tontas: ¡de todo, de todo!*

*¡Se lee tanto malo!*

*¿Pues por qué no enterarse de las «ideas» de T. T.?*

*Al fin y al cabo ocupan pocas páginas, y de sobra sabemos, además, como pensó Alfredo de Vigny, que no hay hombre—y yo añado libro—de quien no se pueda aprender algo (1).*

---

(1) *..."Como dijo el otro, que no hay libro, por malo que sea, en el que no se encuentre algo bueno."* Edic. Montevideo, Cl. García, 1919.





## I

## TELLO TÉLLEZ OPINA SOBRE «LA VIDA»

Soy un poquito bergsoniano. Encuentro que la vida desborda del conocimiento y lo supera. No puede por tanto ser objeto del conocimiento.

»La inteligencia tiene por finalidad conocer la materia, componerla, ordenarla, modificarla, dividiéndola; especialmente los sólidos. Pero no puede conocer la Vida. Porque la parte no puede darse cuenta del todo.

»La inteligencia no es más que una fase *actual* del movimiento evolutivo; no es más que una función de la Vida.

»La Vida, en un período de su transformación, período por el que venimos atravesando hace cien-

tos de miles de años, ha necesitado de la inteligencia y la va desarrollando lentamente, en órganos especiales. Pero se reserva para la inmensa mayoría de las especies el *instinto*, que también es factor suyo. El instinto, anterior a la inteligencia, acompaña a la Vida desde el pretiempo. ¿De dónde viene con ella? No lo sabemos; pero conserva algunos secretos primordiales; trae polvo de estrellas en sus sandalias silenciosas, y acaso, tratándole merced a una educación enérgica, eficaz, paciente, diría a la inteligencia lo que las ciencias no han podido decirle nunca: el secreto de la Vida misma: *le mot de l'enigme*...

»Mientras esto sucede, es absurdo, es idiota decir: ¡No comprendo, luego no creo!

»¡Como si una fe cualquiera pudiese ser resultado de la comprensión!

»El racionalismo es el más estulto de los sistemas. Pues, ¿y el positivismo spenceriano? ¡El *tomasismo* elevado casi a religión!

»Por lo demás, Bergson ha matado a los *mecanistas* y a los *finalistas*. Ya eso no resucitará. *Jam faetet*...

»La inteligencia ha surgido, pues, en un momento determinado de la evolución, porque a la Vida

le convenía que surgiera. Y ha surgido en una ramificación de los vertebrados, en la *bestia vertical*, en el hombre.

»Pedir por lo tanto el hombre a la Vida que revele a su inteligencia la razón de los grandes movimientos instintivos, como el odio y el amor y la fe y la alegría, es querer meter lo absoluto dentro de lo contingente y relativo.

»¡Imaginemos a un botón queriéndonos explicar por los datos extraídos de su modesta sustancia córnea, los orígenes y la existencia del sastre que lo utiliza cosiéndolo en un traje!

»Por eso el instinto, avasallador en tantos casos, vence y desdeña a la inteligencia, sobre todo en el Amor, padre de los hombres: *Le cœur a des ràisons que la raison ne comprend guère...*»

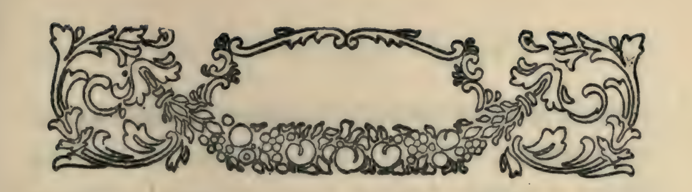
Advierto al lector que Tello Téllez era un filosofante incorregible, y fatalmente tenía que meternos en estas filosofías... Yo padecí muchas veces su dialéctica, con una paciencia que el Hacedor de todas las cosas (inclusive de los filósofos) ha de tenerme en cuenta.

Hoy, vosotros, a vuestra vez, lo padecéis, lectores abnegados y discretos; pero con la circunstan-

cia de que, a lo menos, podéis dejar estas páginas y poneros a leer otra cosa.

Os favorece la muda y paciente serenidad del libro, de la revista, que hablan si les preguntáis algo; y si nada les preguntáis, callan...





## II

### TELLO TÉLLEZ OPINA SOBRE LA MUERTE

TELLO Téllez era un *tanatófilo*—y ya lo habréis observado, notando la facilidad con que se cuela de rondón en la zona de las filosofías mortuorias.

Estas cuartillas nos revelan sus lecturas predilectas: William James, Novalis, Maeterlinck, Oliver Lodge, Miers, Eucken, Boutroux, Emerson, y tantos otros *soñadores de sueños*... o, quizá, brujos de las máximas perlas espirituales que hay en los abismos del ánima!...

«Es original—dice Abel Bonnard en su comento al admirable libro *La Mort*, de Maeterlinck—el ver cómo se conduce cada hombre ante la idea de la

muerte. A todos esta idea nos inspira horror (1), y, sin embargo, nos damos cuenta de la majestad que otorga a nuestro destino. Sea cual fuere la diferencia que haya entre los destinos de los hombres, mientras que algunos son como caminos triunfales, y otros apenas se parecen a los senderos de los campos, todos, sin embargo, tienen, al acabar, este negro arco de triunfo. Algunas existencias son tan viles y tan fútiles, que la muerte constituye su única solemnidad, y hay vivientes tan vanos y tan vacíos, que casi se sorprende uno de que sean admitidos al honor de morir. La idea de la muerte nos enseña el valor de los que viven, y basta que con ella los midamos para que testifique su grandeza o patentice anticipadamente su nada...»

«Difícilmente puede sintetizarse con más claridad y más nobleza el valor de la muerte.

»Yo que la amo como a una mujer misteriosa, llena de seducción, cuyos besos se han anhelado muchos años; yo que vivo esperándola con el temblor romántico del que por la noche, en el jardín, aguarda una cita, puedo afirmar la gallarda verdad de esas palabras.

---

(1) Falso, mi querido Bonnard. A mí me inspira cariño. La muerte y yo somos buenos amigos. (Nota de T. T.)

»La muerte es para cada uno de nosotros como esa esfinge inviolada del soneto de Heredia:

... —«N'approche pas.—Ma lèvre a fait frémir ta bouche.
—Viens donc! Entre mes bras tes os vont se briser;
Mes ongles dans ta chair...—Qu'importe le supplice,
si j'ai conquis la gloire et ravi le baiser?
—Tu triomphes en vain, car tu meurs.—O delice!

»Sí, ¡oh delicia de ese abrazo supremo! ¡Oh delicia de esas uñas heladas que se hincan en nuestras carnes perecederas! ¡Oh delicia de ese ímpetu invisible que derriba los muros de nuestra cárcel! ¡Oh delicia de esa transmutación portentosa que de varones de dolor nos trueca en dioses!»

Lector: este amigo Téllez es incorregible. ¡Cátalo otra vez cabalgando en una nube!

Su himno a la muerte (con citas de Bonnard y de Heredia) nos mete nuevamente en la grandilocuencia!

¡Y estar obligado—como lo estoy—a publicar estas cosas!

Lector, únete a mí para arrojar sobre la tumba de Téllez, a paletadas, nuestra ironía...

¡La muerte! ¡Qué sabía él de la muerte! La muerte es lo único que no existe; y lo que no entendió Téllez, y lo que entendemos tú y yo, lector, es el inenarrable horror de nuestro destino, porque no podemos morir!

Cada una de nuestras células sigue viviendo *inteligentemente*, y así resulta que si en este estado que se llama vida el hombre sufre de una pluralización molesta de yoes, en el estado que se llama muerte la multiplicidad es vertiginosa, de manera que vivimos en todas partes y en todas partes estamos conscientemente...

Pero, ¡qué horror! ¿No me he metido yo también a filosofar?

¡Y con qué objeto!...

Francamente, tú, lector, ¿crees una sola palabra de lo que acabo de decir?

¡Claro que no! Ni yo tampoco.

Lo terrible—o lo admirable—de la muerte, es que no se deja arrancar su secreto.

Hace miles de años que la Humanidad ronda a la esfinge. Hace miles de años que los sabios interrogan a la sombra, y la sombra no dice esta boca es mía.

Lo mismo le da que los ateos le nieguen toda

realidad y que los creyentes la imploren hasta el fastidio. Ella calla, y en su impenetrable silencio están su nobleza y su dignidad.

Si el abismo se pusiese a dialogar con nosotros, como una comadre con otra, ¡qué restaría de la hermética y formidable grandeza del abismo!





## III

### *TELLO TÉLLEZ OPINA SOBRE EL AMOR*

La inteligencia ha echado a perder el amor, como echa a perder tantas cosas...

»El «te conviene» o «no te conviene» ha sido el destructor encarnizado de toda felicidad entre los hombres que viven socialmente.

»—Pero—objetáis—, ¿si de hecho vemos que tal o cual amor no conviene, sino que por el contrario frustra el porvenir?...

»—Y eso, ¡cómo lo veis! Lo veis con vuestra inteligencia atiborrada de prejuicios, con vuestra imaginación, la comadre de siempre, que quiere intervenir en todas las cosas.

»Cuando el instinto genésico nos empuja violentamente a los brazos de determinada mujer, es porque esa mujer *nos conviene...* dentro de zonas y perspectivas que la razón no puede abarcar porque no están en su plano.

»Las trabas puestas por el común pensar de los hombres, por la inteligencia que se mete en lo que no le atañe, desvían o alteran o modifican este impulso seguro, y el hombre, que iba tras de su verdadera mitad, cae en los brazos de otra mujer; de la que *le conviene*, según los *sensatos*, y entorpece el sabio y lúcido pero misterioso mandato de la Vida...

»¿Por qué se entromete la inteligencia en las cosas del instinto, de los instintos supremos que la Vida ha puesto como sillares de la individualidad?

»El Amor lleva consigo su luz: no lo alumbréis con vuestra ridícula cerilla intelectual...

»La inteligencia—judía eminentemente práctica—, se hartará, por ejemplo, de decir al instinto, con respecto a los seres desaparecidos: «¡Olvida el amor que se te murió! Un muerto ya no es nada, ya no es nadie, ya no sirve para nada: ¡a qué recordarlo!»





»Pero el instinto ni siquiera responde. Sigue amando al que aparentemente se fué para siempre. El sabe que un muerto es *alguien* (se lo ha cuchicheado la voz que viene desde los orígenes) y que conviene recordarlo y amarlo; porque el amor, anterior a la inteligencia, como la Vida misma, tiene por fuerza que sobrevivir a esa inteligencia, linternita eventual, alimentada por combustión de fósforo en un momento dado de nuestro período evolutivo.

»¡Por algo había dicho la sabiduría que el amor es más fuerte que la muerte!

»—¡Le perdió una mujer!—exclaman los timoratos cuando un hombre opta en amor por el instinto, dejando la razón a un lado—. ¡Le perdió una mujer!

»¡Mentira! Si la amaba y fué tras ella sin obstáculos, por el libérrimo ímpetu instintivo, no le perdió. ¡Se hallaron los dos!

»La mujer encontrada por el instinto, no pierde a nadie jamás. Lo gana siempre...

»El amor nunca ha dejado de tener razón.

»Pero bien sabemos que la razón del amor suele ser la sinrazón del sentido común, y de allí el conflicto, el eterno conflicto social, y de allí que a la

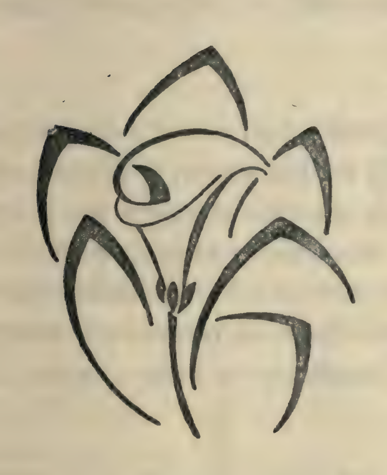
Amada la sustituya una mercadería con faldas; porque en suma no es otra cosa la mujer que se entrega a un hombre sin quererle, a cambio de todas las garantías, sin ningún riesgo, adquiriendo libertad, membrete mundano, editor responsable, casa, criados, alimentación y a veces hasta coche y palco en el Real.

»Los grandes amores hicieron grandes cosas... ¡ay!, en otros tiempos, «cuando Dios quería...» Hoy, los contubernios legales suelen ya no saber hacer nada... ¡ni hijos!»

⊠

(Convén conmigo, lector sufrido, en que Tello Téllez no ha inventado la pólvora. Sus ideas sobre el amor no son nuevas. Aunque cabe disculpar a quien no dice algo nuevo en achaques de amor, pues que tan dicho y redicho está todo. Continúa mi amigo declamando contra la insensatez de los matrimonios actuales, y como detesto las declamaciones, corto aquí por lo sano. Cuando T. T. vivía, invitábale yo con frecuencia a comer; pero en cuanto empezaba con declamaciones sociológicas, lo amenazaba con suprimirle los postres y el

café. Hoy, como el pobre se ha muerto, se conoce que ya no le importan mis amenazas y, fiado en mi promesa de publicar sus ideas, se lanza a declamar... ¡Paciencia! Algo debemos perdonar a los difuntos, a cambio de su impasible y docto silencio, tan preñado de arcanos como de discreción.)







## IV

### *TELLO TÉLLEZ OPINA SOBRE LA PIEDAD DE DIOS*

A medida que el hombre se vuelve más piadoso, más alta idea tiene de la piedad de Dios (1).

»¡Es claro! Todo el mundo sabe que el hombre ha hecho a Dios a su imagen y semejanza.

»Dios es del tamaño de quien lo «busca» y, según la magnitud y la claridad del espejo interno, se copian en él, mejor o peor, las grandezas del universo.

---

(1) ... y puesto que, en fin, el cristiano parte de este eterno principio, que no teniendo límites la clemencia de Dios, muy osado sería aquel que (pobre sombra obscura, mañana desvanecida y olvidada de todos) pretendiera en el tiempo, en nombre de su razón de un día, fijar un límite a la Bondad Libertadora. *Villiers de l'Isle Adam.*

»Un hombre piadoso no hubiera sido nunca secuaz de Jansenio.

»Los seres egoístas, suspicaces, rencorosos, no quisieran que Dios tuviese piedad.

»Ellos han inventado las gehenas y las han poblado de todas las torturas que se sentían capaces de aplicar al prójimo.

»Para conocer la alteza de un hombre hay que procurar medir su egoísmo.

»A mayor egoísmo corresponde siempre mayor inferioridad.

»El hombre bestial no ama a nadie. No sabe ni siquiera amarse a sí mismo. Tiene tres o cuatro instintos bajos, que procura satisfacer, y se contenta con esta satisfacción.

»Subamos algunos escalones, y nos encontraremos con el hombre que sabe amarse a sí mismo; el ególatra, el petulante, el simplemente vanidoso, el sibarita.

»En el sibarita hay ya nobleza, porque hay refinamiento en la educación de los sentidos, además de que el sibaritismo no está reñido con ciertos altruísmos secundarios.

»Algunos escalones más, y encontraremos al hombre capaz de amar a una mujer.

»Sigamos ascendiendo, y tropezaremos con el hombre que sabe querer a sus amigos, que está dispuesto a servirles.

»Claro que entre cada escalón hay innumerables, infinitos matices de evolución.

»¡Ascendamos... ascendamos! y encontraremos en esferas muy altas en que se respira apenas el aire de la tierra, al hombre que ama a la humanidad, que trabaja por ella, que por ella se sacrificaría...

»Estamos ya en planos muy altos... muy altos... Pero ascendamos más. ¿Quién es esa figura fúlgida, toda estremecida de piedad, no ya sólo para los hombres, sino para las bestias y aun para las cosas? ¿Esa figura que querría abrasar a la naturaleza entera en el fuego de su caridad? Es San Francisco de Asís...

»¿Todavía os atrevéis a ascender? Mirad que el aire se rarifica, que la cima da vértigo... ¿No importa? Pues, ¡ea!, un ímpetu extrahumano para salvar las tres montañas superpuestas:

»¡Estáis delante de Cristo!»

.......................................

«...Pero ¡bajad! ¡bajad! No quiero asfixiaros. Aquí, al ras de la tierra, hay una piedad que casi no es

humana a las veces: la piedad de las madres, de la cual se ha dicho que es el gran secreto de la Vida y que acaso conoce el misterio de la vida misma...

»Según cierta balada, creo que catalana (y que recuerda todo el mundo), un atolondrado y cálido amante quiere en vano obtener los favores de una mujer fría, caprichosa, cruel, como una Salomé...

»—No te amaré—le dice ella—si no me traes el corazón de tu madre.

»El mísero lucha, se debate; pero es débil... Ama... Cede al fin.

»Va por la noche al lecho de su madre, que duerme; le abre el pecho blanco y misericordioso, y le arranca el corazón.

»Febril, loco, echa a correr con la entraña palpitante aún en la diestra. ¡Va a buscar el premio!

»Pero su avidez y su desconcierto le hacen tropezar. Cae... se levanta turbado... y entonces el corazón de su madre adquiere voz, sí, adquiere voz, sólo para preguntarle:

»—¿Te has hecho daño, hijo mío?

»Oh, vosotros, los débiles, los temerosos, los creyentes angustiados, que dudáis, que hacéis a Dios la suprema injuria de tenerle miedo, como a un fiscal o a un gendarme, ¿creéis, por ventura, que

quien ha creado á las madres tenga menos piedad que ellas?» (1).

⊠

Como ven ustedes, Tello Téllez casi llega aquí a la grandilocuencia...

Se conoce que el día en que escribió lo anterior se había despertado optimista.

Quizá comió bien y tal vez su dispepsia (porque también tenía dispepsia) no dijo: «Este estómago es mío.»

Pero hace más Tello Téllez en las citadas páginas. Me reproduce cinco versos que están penetrados, saturados de la fe ciega... de mi fe ciega en la piedad de Dios. Helos aquí:

«Dios es mejor de lo que opina el cura.
Hay más piedad de la que espera él mismo,
en las entrañas de la Esfinge obscura.
Hay más luz de la que él mira, en la Hondura;
más amor del que él piensa, en el Abismo!»

Y ustedes me dispensen la reproducción. ¡Pero ya digo que Tello Téllez los cita!

(1) ¿No se ha dicho, por ventura, que *tout savoir c'est tout pardonner*?

Tello Téllez leía pocos versos. Casi, en asunto de poetas, no me había leído sino a mí... Es decir, no había leído a nadie; porque yo no soy precisamente un poeta... ¡a menos que pueda haber un poeta sin literatura!

Si por casualidad puede haber un poeta sin literatura, *ecce homo*, o para decirlo más claro, *me voici!*...





# V

## *TELLO TÉLLEZ OPINA SOBRE LA «PIEDAD» DE LOS HOMBRES*

RENAN, en su libro *Los Apóstoles*—que me place releer—, hablando del triunfo del cristianismo en Roma, dice estas palabras sintéticas:

«La aristocracia romana se irritará, encontrará mal que aquella canalla tenga sus dioses, sus instituciones. Pero la victoria está escrita de antemano. El sirio, el pobre hombre que ama a sus semejantes, que comparte lo suyo con ellos, que a ellos se asocia, dominará. La aristocracia romana perecerá por falta de piedad.»

«Perecerá por falta de piedad...» ¡Cuánto he reflexionado acerca de estas palabras! En efecto, la

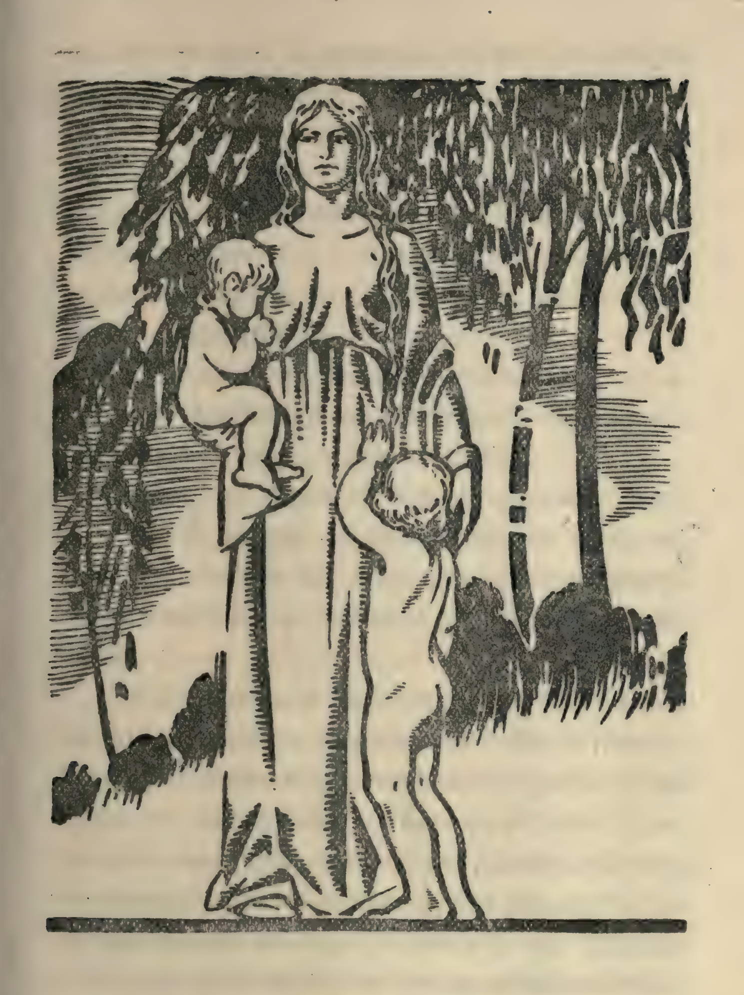
piedad, el retoño más exquisito de las civilizaciones, faltó siempre en el corpulento árbol romano, cuyas raíces se extendían por todo el universo conocido.

«Los griegos, en la mejor época de Atenas, habían levantado un altar a la Piedad, y cuando los atenienses, por emular a los corintios, deliberaron en cierta ocasión imitar los juegos bárbaros de los romanos (sobre todo las luchas de gladiadores en el circo), un filósofo, según cuenta Luciano, se levantó y presentó una moción para que previamente se derrumbase el altar de la Piedad!

»Antes del dulce y sabio emperador Nerva, que desarrolló las instituciones de asistencia pública, fundadas sobre el principio de que el Estado tiene deberes paternales para con sus miembros, nadie o casi nadie pensaba en Roma en tales cosas.

»Al esclavo enfermo se le dejaba agonizar sin auxilio alguno en medio del camino.

»Grecia, en su edad clásica, enunció las máximas más exquisitas de piedad, de beneficencia, de humanidad, sin mezclar en ellas ningún secreto pensamiento de inquietud social o de melancolía. El hombre, en aquella época, estaba aún sano y era feliz. No se tenía en cuenta el mal. Con respecto a



las instituciones de socorros mutuos, los griegos precedieron en mucho a los romanos. Nunca surgió una disposición liberal, benévola, de esa cruel nobleza que ejerció durante la República un poder tan opresivo. En aquel tiempo, las fortunas colosales de la aristocracia, el lujo, las grandes aglomeraciones de hombres en ciertos puntos, habían hecho nacer el *pauperismo.*

»¡Quién sabe, me he dicho algunas veces al meditar sobre estas hondas palabras, si nuestra raza degenera por eso, por falta de piedad!

»*Humano* se llama al hombre piadoso, como si fuese la piedad la esencia misma de la especie, y nosotros los españoles e hispanoamericanos somos menos humanos que los hombres del Norte.

»Mientras en la familia latina se sucedían los asesinatos políticos y religiosos, y un Felipe el Hermoso (el de Francia) atormentaba horriblemente a los templarios, haciéndoles confesar en el potro torpezas que no cometieron jamás, en Inglaterra se vivía, se evangelizaba, sin torturas, y fué precisa la demanda expresa del Papa Clemente V, casi obligado por Felipe de Francia, para que se emplease el tormento, que, dice Salomón Reinach en su síntesis

sobre las religiones, «ha repugnado siempre al espíritu libre de ese país».

»En nuestra raza, el celeste jugo cristiano se ha ido secando y no nos queda más que una liturgia complicada y pomposa, una disciplina árida, a las que llamamos Religión. La devota que jamás deja de persignarse al pasar frente a una iglesia, va después en sus comadreos a desollar la honra del prójimo, y el hombre que nunca pierde la misa de precepto, suele dedicarse al agio con una edificante habilidad.

»Sí, nuestra raza va perdiendo la piedad. La noble y triste casta indígena salvada de la peste y de la destrucción total por la misericordia de algunos santos misioneros, los que en ocasiones solemnes osaron enfrentarse con el poder real en defensa de los aborígenes, no ha ganado, sin embargo, hasta hoy gran cosa en América con el «triunfo de la fe civilizadora». Léase, para no citar cosas de casa, el formidable libro *Un pueblo enfermo*, del boliviano Arguedas, y se caerá en la cuenta de cuáles son todavía en nuestro Continente las condiciones de vida de los indígenas.

»Sí, nuestra raza decae por falta de piedad. Hasta la mujer, nido de todas las delicadezas y todas las

ternuras, según el buen don Severo Catalina, se nos vuelve despiadada. Claro que hablo sólo de la mujer latina educada en cierto medio social. Basta observar a nuestras aristócratas de hoy. Las hay que en el tiro de pichón se complacen en esa matanza metódica de pobres aves sin defensa, la mayor parte de las cuales perecen con espasmos terribles entre las fauces de los perros que la recogen. Si les afeáis este amor al suplicio, a la tortura, se os reirán resueltamente en las barbas y os llamarán cursi. Es cursi el sentimentalismo. Es cursi la compasión. ¿Que un caballo corre por la arena pisándose los intestinos? La señorita moderna no debe pestañear. Es cursi conmoverse por eso.

»Tales son, oh inenarrables gomosos, amigos míos, algunas de las compañeras que os depara la sociedad *snob* para fundar una familia. Esas han de ser las madres de vuestros hijos. Vale que, como también es cursi amamantarlos, cuidarlos, acariciarlos, ya la *nurse* se los llevará lo más lejos posible de vuestra vista, a fin de que no os interrumpan vuestro *bridge*.

»La Emperatriz de Alemania, sin miedo a lo cursi, ha amamantado «a todos sus hijos» y se jacta de ello, no de otra suerte que Isabel la Católica, que

se envanecía de haber hilado todas las camisas que usó su marido.

»Gracias a estas y a otras «cursilerías», la España de entonces y la Alemania de hoy han sido dos grandes pueblos y se han impuesto al mundo.»

## *PERECERÁ POR FALTA DE PIEDAD*

«Cuando os hayáis impregnado bien del arte que hay en una corrida de toros, por ejemplo, daos un paseíto por los pueblos del Norte. Por Holanda, donde florecen todas las piedades, hasta la piedad por las flores; por Alemania, donde un diputado truena en el Reichstag contra los que destruyen a los pájaros; por Inglaterra, donde las Sociedades protectoras han llegado a un auge maravilloso y donde además de la Majestad Real hay otra más efectiva, más real: *His Majesty the baby;* por los Estados Unidos, donde un presidente ilustre predica la dulzura, la nobleza, la gloria de la maternidad, y donde hay asilos y hospitales para las bestias, y palacios floridos, tan admirables como los de Alemania, que se llaman *kindergartens* (cosas todas que compensan por lo menos el odioso box).

»Ved un poco el concepto del amor, del ideal, del hogar, que tiene un sajón. Leed a Emerson o a William James, para que comprendáis la elevación de ideas de esos pueblos, y tornad después a la aridez creciente de nuestras almas latinas, cada vez más frívolas y cada vez más distantes de la piedad seráfica de un Francisco de Asís!»

⊠

«Cuidemos, amigos, de no perecer por falta de piedad. Llevemos sobre la frente este joyel por excelencia del Cristianismo. Si el cristianismo triunfó de Roma, fué porque derramó sobre aquel enorme mundo de desheredados, de esclavos, sobre la reciedumbre de aquel dolor perenne, de aquella perenne angustia de siervos, el rocío divino de su piedad.

»Si queremos triunfar nosotros, empecemos por tener piedad de los débiles. Robustezcamos los hombros del pueblo, que al fin y al cabo solamente sobre ellos ha de sustentarse la grandeza de la Patria futura!»

⊠

T. T. es en estas páginas casi un predicador. La raza no miente nunca, y mi pobre amigo, de ascendencia española, tenía el mal de la oratoria: la oratoritis. Se imaginaba, como todos los políticos parlantes y logomáquicos, que con definir o diagnosticar un mal moral, lo curaba.

«Cuidemos, amigos, de no perecer por falta de piedad...» Pobre Tello Téllez. Después de esta exclamación de seguro que se quedó muy satisfecho, y esa noche se acostó con la convicción de que había añadido un quilate al valor intrínseco del mundo...

Pero si a alguien se le hubiese ocurrido preguntar:

—Bien, Tello Téllez, pero, ¿y cómo vamos a hacer para volvernos piadosos?

Tello Téllez hubiera respondido:

—¡Qué sé yo!



## VI

### *TELLO TÉLLEZ DISCURRE ACERCA DE LO QUE ÉL LLAMA "LA PUPILA INTERIOR"*

Si tuvieras el temblor del misterio como yo; si a veces, en la vaguedad lunar, en la calma plena de la noche, te dieses cuenta de que hay un corazón que late en la sombra, un corazón sin cuerpo, que late, solitario, en la sombra...

»¿De quién? ¿cómo? ¿por qué? ¡Quién sabe!

»Un corazón que late en la sombra.

»Si percibieras que el aire en redor tuyo está lleno de ojos, de ojos intensamente abiertos que ven...

»Si te dieras cuenta de que existen, como corolas impalpables, muchos oídos que escuchan, para los cuales no se pierde un solo eco de nuestra voz...

»Si percibieras estas cosas, no tendrías nunca tedio ni estarías nunca triste.

»—«Yo no creo sino lo que puedo comprobar», dices.

»Pero si nada, absolutamente nada, puedes comprobar.

»Poincaré expresó una vez que ni esta proposición: «La tierra gira», puede comprobarse. Imagínate que un hombre posee ojos incomparablemente mejores que los tuyos y que te dice: «Mira, allá en el límite del horizonte, vuela una cigüeña.»

»Tú no pensarás: «Este ve lo que yo no puedo ver.»

»Pensarás más bien (porque todo el ímpetu de tu orgullo te lo dicte): «¡Este cree ver algo que no existe!»

»Te imaginas que concederle a otro que «ve más» es concederle una superioridad muy grande.

»Y tienes razón, ¡pardiez! Pero urge conceder esta superioridad en la vida. Newton «vió más» que tú, como había visto más Galileo.»

⊠

«Maeterlinck se asoma muy más hondamente que

tú al océano del misterio... Bergson se adentra más que tú en los arcanos del instinto...

»Hay sentidos interiores que no a todos es dado poseer.

»El fantasma es tan tenue... ¡tan tenue! Es tan sutil... ¡tan sutil! Pero quien lo ve exclamará con profunda convicción:

»—¡Allí está!—Y el burgués panzudo que digiere su capón y sus trufas, dirá: «Imaginaciones. ¡No hay nada! ¡nada! ¡Yo no veo nada!»

»El ateísmo no arranca más que de la triste vanidad humana. Pero créeme, hay resquicios de sombra por donde se asoma el espectro del mundo...

»Aguza tus oídos, ejercita tus ojos. Aprende a estar contigo mismo y a escrutar el silencio.

»Aprende a hablar a quien se emboza en la sombra.

»La sombra te escuchará y dialogará contigo.

*Les ténèbres ont des oreilles et les profondeurs ont des cris.*

»Que te llene de consuelo la idea de que nunca estás solo y de que el aislamiento es más compañía que la sociedad de los hombres: *nunquam minus solus, quam cum solus.*

»Que te alivie el pensamiento de que lo desconocido no te es hostil.

»Sólo el hombre es hostil al hombre.

»En cuanto a la muerte, no constituye sino la línea imaginaria, convencional, *colocada en el ecuador de los destinos humanos, entre lo conocido y lo desconocido.*»

⊠

«Morimos todos los días un poco, y en determinados momentos acabamos de morir. Estamos siempre en el regazo de la «Lívida mujer...» (¿Lívida? ¡Otra mentira!)

»A los cien años de edad, Fontenelle galanteaba ingeniosamente a una dama de ochenta años.

»—La muerte nos ha olvidado sin duda»—díjole ella.

»Y Fontenelle, poniéndose el índice en la boca, respondióle:

»—¡Chitón!...

»¡Pero la muerte lo había oído y sonreía!

»Vivamos confiados en sus brazos. Si viéramos tal cual es su obra, exclamaríamos como en las Escrituras:

»—Oh, muerte, ¿dónde está tu aguijón?

»Porque lo que ella realiza en nosotros es de una celeste misericordia. Lenta, insensible, suavemente, va desnudándonos de esas leves capas superpuestas que constituyen nuestra materialidad, sutilizándonos así, poco a poco, hasta arrancar la última en el supremo momento.

»Esta última capa era la que aprisionaba las alas, y desvestidos de ella, diáfanos, ingrávidos, nos volvemos al fin «de la propia sustancia de nuestros sueños».





## VII

### *OPINA TELLO TÉLLEZ SOBRE LA REALIDAD DEL SUEÑO*

Yo no sé cuántos siglos ha pasado la poesía quejándose de la irrealidad del sueño.

«Es decir, quejándose de una de las pocas realidades que poseemos. «Estamos hechos de la substancia de nuestros sueños», dijo Shakespeare, que había penetrado muy hondo en todos los abismos espirituales.

»El sueño es uno de los hemisferios de la vida. Es la vida misma continuada en otro plano.

»La Naturaleza no nos adormece inútilmente seis, ocho o diez horas. Al contrario; nos compensa con una vida superior, que habemos menester para nuestra evolución de la vida forzosamente trivial

que la mayor parte de la humanidad vive durante el día.

»Más aún, la cantidad de sueño está en razón inversa de la cantidad de pensamiento y la cerebración del individuo.

»En casi todas las biografías de los grandes hombres leemos que dormían poco...

»¿Es que necesitaban fisiológicamente menos horas de sueño que los demás?

»No, la lógica nos lleva a la afirmación contraria.

»Si el sueño fuera sólo reposo, la labor de estos hombres, harto más fatigosa que la del común de los mortales, hubiese requerido más horas de descanso.

»Si estos hombres necesitaban poco sueño, era porque su vigilia, de mayor calidad que las de los demás, requería menos compensación mental en el otro hemisferio...

»El hombre que gasta casi todas sus horas en tareas elevadas, necesita poca tregua de ensueño.

»El hombre que vive una vida puramente material, ha menester muchas horas de esa otra vida compensadora que se desliza callada y misteriosamente mientras dormimos.»

«¡Cómo, pues, llamar irreal a lo que vemos durante el sueño!

»Poetas, las mujeres que soñáis son verdad!, tan verdad como aquellas con quien tropezáis en el día!

»El estado actual de la ciencia no permite ya afirmar, so pena de mostrarnos necios, que sólo existe lo que percibimos con la mísera limitación perceptiva de nuestros sentidos.

»Hay muchas cosas en los cielos y en la tierra que no comprende nuestra filosofía», y así como más acá y más allá de las vibraciones musicales o luminosas que caen bajo nuestro dominio sensorial, hay música y hay color; así de ese otro lado de la vida que se llama el sueño, hay seres y cosas de una sustantividad y de una realidad perfectas.

»Cierto que a veces lo que vemos nos parece ilógico; más ello depende de dos poderosas causas:

»1.º Que nuestro cuerpo no ha tocado el plano subsconsciente en que se mueve nuestra psiquis, y es por tanto infiel cronista de lo que vagamente sospecha.

»Las imágenes, las sensaciones, los hechos, entrechócanse y confúndense, a veces bárbaramente, en la zona física en que se mueve el cerebro.

»El cuerpo falsea las más bellas y puras nociones, como suele hacerlo la multitud con las excelsas teorías de los iluminados que pasan por la tierra; y

»2.° Porque lo que nosotros llamamos ilógico es lo que no entra dentro del causalismo mezquino de nuestra existencia.

»Pasando de cierto nivel cerebral todo es ilógico, aquí mismo, en la vida, para los seres llamados normales.

»Los genios obran siempre de una manera que parece ilógica a la multitud, cuya sola aspiración es *que no se retarde la hora de la sopa*.

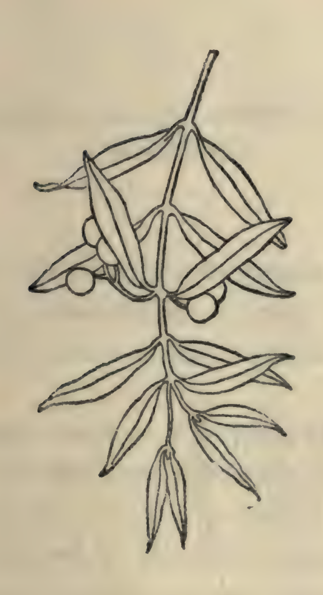
»¿Se ha visto algo más ilógico que la conducta de Tolstoi, repartiendo tierras entre los labriegos y yéndose con ellos a comer verdura mal guisada?

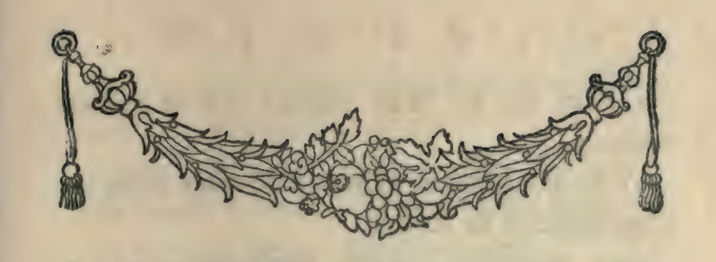
»Nuestra lógica excluye toda perspectiva mental vasta.

»Si hubiese una cuarta dimensión, como quiere Hinton, y con él tantos sabios, en esta dimensión todo tendría que ser no sólo ilógico, sino absurdo para nuestros cinco sentidos.

»Prescindamos, pues, de esta palabra *ilogismo* que no significa nada, y pensemos que, puesto que el sueño no es la inconsciencia, ya que está probado que dentro de él se resuelven situaciones y

problemas contra los cuales fué impotente la vigilia, debemos considerarlo como una realidad aparte en la cual nos movemos a diario muchas horas: quizá la más pura, la más bella, la más alta de las realidades!»





## VIII

### *TELLO TÉLLEZ HACE UNA BREVE PSICOLOGÍA DEL AHORRO*

POR qué no ahorran los meridionales?

»Voy a dar a ustedes una respuesta mía.

»Los meridionales no ahorran porque no son tímidos.

»La timidez—una loable timidez, me apresuraré a decirlo—es la causa por excelencia del ahorro.

»Dividamos para mayor comodidad a los hombres y a las mujeres en dos grandes clases:

»Los que saben pedir y los que no saben pedir.

»Los que repiten como el marqués aquel de *Flor de un día* (delicia cursilona de otros tiempos):

»«Para dar un buen sablazo, no se necesita mucho.»

»Y los que prefieren todos los horrores del ayuno a una petición de dinero.

»Los primeros—conozco muchísimos—se ríen del mañana.

»¡El mañana—se dicen—está en el bolsillo de los demás!

»Es cosa averiguada y hasta axiomática, que cuando nueve puertas se cierran, la décima se abre.

»Los que no tienen vergüenza de pedir, llaman impertérritos a las diez puertas.

»Usan en los diez casos procedimiento idéntico. Narran las mismas historias, hacen los mismos gestos maquinalmente, hasta pensando en otra cosa: ¡Ya les abrirán la décima puerta!

»Estos industriales de la compasión, estos pianistas del teclado del sentimentalismo, fiados en su digitación experta y en la seguridad admirable de su procedimiento, duermen tranquilos.

»Han borrado de su diccionario la palabra *previsión*.

»¡Que prevean los demás!

¡Mío es el mundo como el aire libre,
otros trabajan por que coma yo!

»Les consta que todo hombre a quien se le pide, o da, o se enoja cuando insisten.

»Y saben que el que se enoja acaba por dar.

»En cuanto a ellos, no se impacientan jamás. «Ya será otra vez...», dicen resignados.

»Porque uno de sus mandamientos es no perder nunca el *cliente* («Soignez le client...»). Todo hombre es una posibilidad cultivable.

»El que boca tiene a Roma va...

»Y éstos llegan siempre a Roma.

»¿Para qué queréis que ahorre quien sabe tamaña gramática parda?

⊠

»Pero hay gente incapaz de pedir.

»Para honra de la humanidad, diré que abunda; sólo que, más que en los países latinos, vive en los del Norte.

»La gente del Norte suele tener una adorable timidez.

»Le gustaría que adivinasen sus dificultades, sus zozobras, y viniesen en su auxilio.

»Pero sabe por una angustiosa experiencia que el hombre es muy necio, y prefiere dar al industrial

del llanto que lo importuna durante dos calles, aunque se queja perennemente de la mentira pedigüeña que le rodea, de la mendicidad andante; sabe que el hombre no posee un átomo de la perspicacia y delicadeza necesarias para descubrir al verdadero necesitado.

»Saben esto y tienen miedo: un miedo horrible de encontrarse en situación de pedir.

»Su imaginación asustadiza reconstruye previamente y con plasticidades crueles los portazos, la voz ronca que niega, las malas caras, las hoscas miradas, el gesto desdeñoso...

»Y cuando pueden ahorrar, aun con privación, aun con sacrificio, ahorran, desesperadamente, para no caer en ese infierno de la inopia!

»El ahorro es un signo de gran dignidad de carácter.

»Desconfiad del hombre que se ríe del mañana y gasta alegremente lo ganado hoy.

»Dentro de él hay acero, pero no de voluntad, sino de *sable*.

»Si bien se mira, pedir es tan gran mal en esta sociedad eminentemente *altruísta*, en que a todos asusta la perspectiva de un peso menos en el bolsillo, que no sé cómo hay gente—y la hay a porri-

llo, Dios lo sabe—que se gaste aturdida el hoy, el mañana y el después.

»Tan enorme mal es pedir, que el que os ha ayudado de lo que le sobra, os cree acreedores de por vida y de por eternidad aunque le paguéis.

»—Pues, ¿y el gran favor?—dirá.

»A lo que parece, el gran favor está en el hecho de haberos prestado.

»Si le pagáis le debéis aún la gratitud, la más tremenda usura moral que se ha inventado. Si no le podéis pagar, se os aplica el más odioso calificativo.

»Bien hayan, por tanto, los tímidos que ignoran el pedir. Bien haya la santa altivez de los tímidos.

»Y ahorrad, amigos míos, en nombre de la dignidad humana.

»Pensad que la hormiga es dura, agria, y responde despectivamente a las cigarras líricas, lujo del estío.

*La fourmie n'est point prêteuse:*
*c'est là son moindre défaut.*»



## IX

### *EL PATRIOTISMO DE TELLO TÉLLEZ*

Tú eres muy patriota—me dijo en cierta ocasión mi amigo.

»Y había en su voz un metal de ironía piadosa.

»—Sí—le respondí—soy muy patriota, pero no a la manera con que tú entiendes esta palabra.

»A moderno nadie me gana. Vivo con las plantas bien asentadas en mi siglo y los ojos bien engolfados en el porvenir.

»Todas las esperanzas de los hombres cultos hallan un eco de amor en mi espíritu.

»Deseo que desaparezcan las fronteras; que en una sola lengua se entiendan los hijos de los hombres; que las armas ultramodernas se orinezcan en

los museos de las ciudades futuras; que pronto no pueda creerse ya necesario para el equilibrio del mundo que los seres racionales de este lado del río o de la montaña, maten a sus hermanos del otro lado de la montaña o del río.

»Anhelo con todo mi corazón estas cosas, y su advenimiento iluminaría de gloria mi vejez.»

⊠

«Pero aún no estamos preparados para tamañas venturas.

»Y mientras...

»Mientras, las patrias es preciso que existan, substantivas, diferenciadas; que vivan como entidades internacionales perfectas; que se robustezcan y perfeccionen, a fin de que sean partes excelentes de ese gran todo mundial que soñamos.

»Mientras, debemos trabajar con el alma y la mente y la boca y las manos para que la estatura de México se agrande más y más.

»Vosotros, los intelectuales impacientes, que os quejáis, como Unamuno, de que nuestros países hispano-americanos no sean aún pedestal suficien-

temente alto para que os vean todas las naciones... ¡agrandad ese pedestal!

»En vez de ir a pedir consagraciones a París, procurad que México crezca, pues por concomitancia inmediata creceréis vosotros y París os verá, y os verá Nueva York, y os verán Berlín y Londres y Roma!

»La Naturaleza, al hacernos nacer en determinado sitio, nos ha indicado de una manera precisa que ese sitio es el que debemos escoger como objetivo de nuestro trabajo.

»Aprendamos en Europa a disciplinar nuestro espíritu, sorbamos a Europa todo el jugo que ella puede aún darnos, pero ha de ser para acendrar miel americana.

»Vosotros, los que preferís ir a la zaga de los grandes nombres europeos, sois unos pobres de espíritu.

»Cualquier pintor de París, por ejemplo, ha de pintar mejor que vosotros las cosas de París, ¡oh pintores! Su ojo se formó en Francia. Generaciones de antepasados, con adaptación lenta y progresiva contribuyeron a construirle la retina idónea para la apreciación del ambiente que le rodea... ¡A qué luchar! Vosotros, apoderaos de vuestro ambiente.

¡Llevadlo, fijado en lienzos, al otro lado del mar!

»Rubén Darío decíame en cierta ocasión: «Aunque después de tenaces esfuerzos llegásemos usted y yo a escribir tomos de versos en francés, cualquier cancionero de Montmartre cantará mejor que nosotros... ¡Nos llevan una ventaja infinita!...»

⊠

«Yo prefiero los pueblos megalómanos a los pueblos desalentados, que empiezan por creerse pequeños y voluntariamente buscan su sitio a la cola de las grandes potencias.

»Si la Argentina comienza a culminar, es porque sus hijos han creído en su grandeza, la han pregonado, la han predicado dondequiera altivamente.

»No hay razas superiores ni inferiores: esas son puerilidades de sociólogos rubios y megalómanos. No hay más que razas cuyas aptitudes están o no de acuerdo con el momento histórico. A cada país le toca su turno de preeminencia.

»Las naciones son como un terrestre Zodiaco, por cada uno de cuyos signos va pasando el sol.

»Hoy el sol está en el asterisco anglosajón.

»Cuando el mundo pedía luchas con lo descono-

cido e inexplorado, resistencia física heroica, audacia sin límites, fe ciega, España poseyó el mundo.

»Hoy ese mundo pide otras cosas y se las dan determinados pueblos.

»Mañana pedirá cosas nuevas...

»¡Se las daremos nosotros!

»Cuando una raza parece muy débil y decaída, quiere esto decir que le faltan componentes determinados. Estos componentes se los va dando la inmigración.

»Un instinto misterioso y seguro lleva de un país a otro justamente aquellos hombres necesarios, así como el aire adivinativo y preciso lleva a una palmera determinada el germen de otra palmera lejana, que estaba esperándolo...»

✠

«Ninguna raza, pues, tiene derecho a considerarse vencida.

»¡Qué sabe ella!

»Su turno llegará.

»¡El sol no olvida ninguno de los doce signos divinos!

»Empecemos por creer en nosotros mismos.

»Afirmemos nuestra personalidad mexicana, sin garbo, pero sin timidez, serenamente, sosegadamente.

»No seamos como esos pobres seres cuya única y triste ambición es pasar por parisienses en París, por londinenses en Londres, por neoyorquinos en Nueva York.

»Los cubos de los pantalones volteados no constituyen superioridad de raza.

»Se puede hablar el inglés o el francés sin acento y ser un pobre diablo.

»Lo esencial es la calidad del pensamiento, de la educación y de las energías todas del individuo.»

⊠

«¡He aquí, por tanto, amigo mío, cómo entiendo yo el patriotismo!

»De seguro ya no sonreirás más con ironía al oirme.

»Yo quiero que México sea grande, por altruísmo y por egoísmo; por él y por mí. ¿No ves que cuanto más grande sea México más grande seré yo?

»Un infatuado europeo dijo en cierta ocasión a un hispanoamericano ilustre:

»—Mi país es superior al suyo.

»Y él le respondió:

»—Es posible, pero yo soy superior a usted.»

⊞

«Decir que un país es superior a otro, támpoco es decir nada.

»Habría que preguntar: ¿En qué?

»Porque puede muy bien acontecer que el hombre que no escribe un libro como vosotros, sepa cultivar la tierra de un modo eminente, y ese hombre valdra, por tanto, lo que vosotros con vuestro libro.

»No hay actividad humana inferior a otra y, sobre todo, no hay actividad mental que valga menos que otra actividad mental. Por lo mismo, no hay nación de calidad inferior a otra nación. Todas son las piezas admirables del todo actual del mundo.

»Sostiene una cuña la estabilidad de un rico mueble. No despreciéis la cuña. El mueble se rompería, sin ella, en diez pedazos.

»Hay naciones que son cuñas antes de convertirse en mosaicos de madera maravillosos.

»¡Pero se convertirán!

»Lo esencial es creer en sí mismo y trabajar.

»México empieza a creer en sí mismo, y yo más lo preferiría altivo que descorazonado.

»El pueblo que sinceramente cree en sus destinos, acaba por conquistarlos, y sabemos, por la bella estrofa del poeta alemán, que si América no hubiera existido, Dios la hubiera hecho surgir de las olas ante el genial imperativo de Colón.»

⊠

«Decía mi amigo (1)—en uno de esos departimientos vespertinos tan gratos, mientras en la corte afluye la vida a todas las arterias y se encienden todas las luces:

»—Se necesita mucho más valor y más esfuerzo para ser grande hombre en Francia, por ejemplo, que en México.

»—Muy al contrario—le respondí—. Y voy a demostrárselo: para que un mexicano pueda ponerse simplemente en igualdad de condiciones con un francés, a fin de luchar a par de él en la lucha por la vida, necesita andar muy largo camino.

---

(1) Conste que este amigo a quien se refiere Tello Téllez en el capítulo anterior, y en el que vais a leer, no soy yo. Yo nunca he dicho tales cosas a Tello Téllez.

»Un hombre, por el mero hecho de haber nacido en Francia, en Alemania, en Inglaterra, aun cuando no estudie nada, está en mejores condiciones mentales que un criollo nuestro o un pobre indio de la Sierra Madre. Aquél tiene algo precioso en rededor suyo: el ambiente refinado por siglos de cultura. Aprende, sin estudiar, todo lo que le enseñan las cosas que le rodean. Casi no puede salir a la calle sin adquirir, aun a pesar suyo, algún valioso conocimiento. Lleva, además, en su espíritu, la ductilidad atávica, la adaptación hereditaria, esa adaptación que es la calidad por excelencia de la especie, puesto que merced a ella subsiste y se perfecciona.

»El indio, en cambio, no ha tenido más enseñanza que la de sus cactus ásperos y de sus peñas bravías... Para llegar solamente a querer pensar, a darse cuenta de que dentro de su cerebro «hay algo», necesita un persistente esfuerzo de voluntad.

»De qué impetu gigantesco (dado, pues, este punto de partida), hubo menester el pobre indito de Guelatao para llegar a ser Benito Juárez, y descollar entre las cimas (americanas o europeas), donde radia la nieve pura de las excelsitudes humanas!»

«Al europeo, el medio ambiente lo ampara desde la cuna, lo envuelve en suavidades y en refinamientos, lo aguijonea con ocultos estímulos que palpitan en el íntimo misterio de las células.

»En cuanto abre los ojos, el espectáculo exterior espolea su espíritu. El vasto panorama en que por fuerza se engolfa su mirada, lo incita a volar.

»¡Qué gracia hicieron los revolucionarios del 93, cuando tenían detrás la maravillosa obra de los enciclopedistas!

»Para ellos había pensado Juan Jacobo; para ellos reía Voltaire, desquiciando con el poderoso ariete del ridículo las murallas de prejuicios y clisés seculares; para ellos d'Alembert, en su discurso preliminar, expuso su pura y noble filosofía; para ellos Diderot sintetizó, en su *Correspondencia*, el movimiento intelectual del mundo!

»En cambio, a la Nueva España con qué retardo llegaban esas ideas formidables, demoledoras del pasado, y cómo nos subyugan un licenciado Verdad, hablando tan soberanamente de soberanía popular; un Talamantes, vertiendo ampliamente sus ideas luminosas acerca de la necesaria celebración de un Congreso y de una Representación Nacionales; un Quintana Roo, dando nobilísimas armas mo-

rales a la Insurrección, y después calentando entre sus alas de águila nuestra nacionalidad!

»¡Y cómo se humedecen nuestros ojos cuando pensamos en el esfuerzo de aquella nevada cabeza de Hidalgo para empollar las capitales ideas de su programa, o bien cuando contemplamos al pobre arriero de Michoacán, que, como su maestro Jesús, era hijo de carpintero, y como él a los treinta años empezaba apenas su misión milagrosa!»

⊠

«¡Ah! amigo mío, a Napoleón las cosas y los hombres le habían enseñado todo a los veinticuatro años. Los siglos lo esperaban... Al pobre conductor de recuas que iba de México o Acapulco, quizás llevando ya en la morena cabeza un informe ensueño de redención, nadie le había enseñado nada.

»Las piedras del camino y las púas de los cactus salvajes, eran sus únicas maestras y antes de los veinte años aún no sabía leer!

»Si el genio debe medirse, como las montañas, por lo que levanta del nivel de ese mar que se llama la masa, la turba, Morelos y Juárez son mu-

cho más grandes que todas las eminencias análogas de Europa.

»El pedestal sobre el que los hombres eminentes de Francia, Inglaterra o Alemania se yerguen, es ya muy alto; está edificado por dos mil años de cultura, mientras que nuestras figuras mexicanas arrancan casi siempre del abismo en que yace la inconsciencia de la raza, y por eso el vulo de sus alas ha sido doble...

»Para ellos las montañas se superponían... Sin embargo, supieron llegar a las cimas donde brillan serenamente los hielos eternos!

»Pensemos en estas cosas reconfortantes y tónicas, en los actuales momentos trágicos, y siempre que padezca eclipses nuestra fe en la raza de Anahuac; «vuestra» fe debiera decir: porque la mía es potente e indestructible, ¡a pesar de todo! ¡a pesar de todos!»



## X

## *TELLO TÉLLEZ OPINA SOBRE LA LITERATURA*

> La pensée la plus vivante se glacera dans la formule qui l'exprime. Le mot se retourne contre l'idée.
>
> BERGSON.

DICE Lickefest: «Nadie sabe la literatura que hace falta para no parecer literato, ni lo que hay que saber de dibujo para desdibujar. Para ocultar todo arte hay que ser un supremo artista.»

»...Pero esto no lo entienden así los temperamentos nuevos, las almas «feraces» de nuestra zona tórrida.

»¿Esconde usted la literatura? ¿Escatima el tropo? Pues pierde usted su reputación.

»Yo, Tello Téllez, empecé, como todos, a escribir con mucha literatura. Y cuando leía a mis amigos algunas páginas de mis trabajos, se entusiasmaban sin remedio.

»Pero el tiempo trajo la evolución natural, y me simplifiqué.

»Rompí todo aquel fárrago literario, que no vió más luz que la discreta de mi estudio, y seguí rompiendo ensayos sucesivos, hasta que, en mi concepto, hube llegado a la nitidez.

»Hoy, soy un nítido. Estas «Ideas», que una mano piadosa (1)—si no la mía—ha de publicar más tarde, son nítidas: ¡son agua filtrada... y no más!

»Pero mis amigos los tórridos a quienes he osado leérselas... no aplauden. Falta el tropo; falta la literatura visible, que es a sus ojos lo que la grequita que, en cuanto os descuidáis, el impresor candoroso de provincia pone en la carátulas de vuestros libros.

»¡Ah! Yo bien sé que a la simplicidad se llega tarde o no se llega nunca.

---

(1) Esto de la *mano piadosa* lo escribió Tello Téllez por mí... por halagarme y comprometerme a publicar sus páginas.

»Yo bien sé que se empieza por el Churriguera en nuestras ciudades de América, y suele no acabarse por el Luis XVI.

»Esa serenidad del estilo Luis XVI decepciona a nuestros hermanos los viajeros tropicales.

»Estoy cansado—yo, Tello Téllez, francófilo incorregible en este asunto—de oir decir a amigos míos:

»—¡Conque éste es París! Pues, la verdad, lo creía mejor. ¡No tiene chiste!...

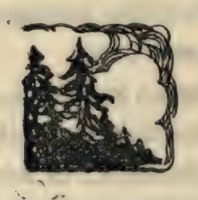
»Las maravillosas avenidas de la Estrella, en que se alinean sobrios, severos, con una noble austeridad de línea tantos palacios, *¡no tienen chiste!...*

»¿Sabéis qué es eso de «no tener chiste»? Pues os lo voy a decir. No tener chiste es no tener cornisas de azúcar candi, columnitas a diestra y siniestra, relieves, promiscuidad pintoresca de colores y estilos... El París «con chiste» sería un París ideado por un pastelero sentimental y servido al final de un banquete cursi...

»Volviendo ahora a los libros, diré que Anatole France, con la formidable e irónica sencillez de los suyos, no tiene literatura... es decir, «no tiene chiste». Flaubert, muy literato, es inferior a Balzac y hasta a Zola, «como psicólogo y filósofo»... Pero

«tiene chiste», hiere más la imaginación literaturizada, porque sobra en él el procedimiento. D'Annunzio gustará siempre más y tendrá siempre «más chiste» que el hondo Maeterlinck, porque D'Annunzio es todo literatura.

»... Pero creo inútil apurar la cuestión. ¿Qué extraño es que los grandes espíritus, como un Tolstoi, acaben por despreciar profundamente el *literaturismo,* la insinceridad, el lujo, la opulencia rastacuera de ciertos estilos, la frondosidad de la retórica, el snobismo del *métier*, del procedimiento, y que asimismo acaben por otra cosa, por *no tener chiste,* como una columnata dórica, como un sereno frontis clásico, como una suave y aristocrática guirnalda Luis XVI?...»





## XI

### *LA ERUDICIÓN, SEGÚN TELLO TÉLLEZ* (1)

No sé quién dijo que la erudición es una forma de la pereza: evita, en efecto, la fatiga de pensar.

»Con un poco de método y de laboriosidad, se es erudito. Con un poco de cuidado, se es castizo. Lo que no se puede ser ni con laboriosidad ni con cuidado es lo que *Salamantica non prestat:* pensador.

»Una tendencia que ya va siendo vieja (porque ahora hasta las tendencias envejecen con suma fa-

(1) Yo pretendo ser un erudito en mis ratos perdidos... ¿Puede darse por lo tanto mayor imparcialidad que la mía al publicar esta especie de diatriba de T. T. contra la erudición? Sea juez el lector.

cilidad) es la que consiste en sacrificarlo todo a la erudición.

»Se escribe un libro sobre cualquier cosa, y es preciso haberse leído, para escribirlo, una biblioteca (o cuando menos medio Larousse, diez almanaques Hachette y diez diccionarios de esos prácticos y manuales de Armand Colin...).

»El público, en cambio, suele no leer el libro, porque con su seguro instinto, el público quiere, sobre todas las cosas, interesarse.

»Eternamente cierto es lo que fué evangelio de muchos hombres ingeniosos de la generación pasada: «El único género que debe evitarse es el género fastidioso.» Lo esencial en un libro, sea científico o literario, es interesar. Si pretende enseñar algo, ha de cautivar primero la atención. Si no pretende enseñar, sino deleitar tan sólo... ¡claro que ha de cautivar también la atención! Esto, en absoluto, sobre todas las cosas.

»Preguntaron en una ocasión a Dumas hijo:

»—¿Cómo se las arregló vuestro padre para no escribir jamás una página fastidiosa?

»Y respondió:

»—¡Porque una de las cosas que no sabía era fastidiar!

»Imitemos a Dumas, cumpliendo el undécimo mandamiento...

»Es tarea decorosa citar cuanto se ha escrito con respecto a un asunto. ¡Pero es aún más decorosa tarea pensar algo propio acerca de él!

»Santa Teresa de Jesús (escribió en días pasados Armando Palacio Valdés) no tenía conocimiento del lenguaje, no había leído más que algunos libros piadosos y otros cuantos de caballería, y, sin embargo, es la mejor escritora de nuestra literatura.

»No es, pues, la erudición la que ha de avalorar nuestros libros. Pero tampoco el procedimiento.

»El procedimiento... ¡uf! (esta interjección ¡uf! era peculiar de T. T.)

»Hay mucha gente que cree encontrar la originalidad en una fórmula, en una receta literaria.

»Debiera pensar esta gente, que, siguiendo el cauce sereno del propio temperamento, se encuentra siempre la originalidad.

»La sinceridad es la originalidad por excelencia, porque merced a ella nos parecemos siempre a nosotros mismos, que es a quien debemos parecernos, y pareciéndonos a nosotros mismos, seremos siempre varios en el estilo, ya que nos asomamos al espejo en que se copia todos los días análoga,

pero todos los días distinta, la fisonomía de nuestra propia vida.

»¿Habéis visto mayor originalidad que la de la naturaleza?

»Contemplad un paisaje: el que sea más familiar para vosotros, aquel que veis todos los días desde vuestros balcones, y lo veréis a diario diferente. No sólo se diversificará según las estaciones, sino que será uno en la mañana y otro en la tarde, para ser otro bajo la blanda y misteriosa plata de la luna...

»¡Pero qué digo! ¡Cambiará cada hora, cada minuto, cada segundo!

»Y, sin embargo, la perspectiva es fundamentalmente la misma.

»Yo recuerdo haber leído lo difícil que es dibujar los detalles lunares. A cada instante la luz los transforma, variando su tonalidad de tan singular modo, que cansan y desesperan el pincel del astrónomo.

»Imitemos por tanto a la naturaleza, siendo como ella sinceros, como ella ingenuos, como ella movedizos y cambiantes.

»Huyamos del procedimiento.

»El procedimiento es el recurso de los que no tienen recurso mental ninguno. Merced a él, los

que carecen de personalidad se embozan en la personalidad ajena; los que no tienen camino propio, van a la vera, al margen del amplio o estrecho camino de los demás.

»Los espíritus subalternos se enamoran del procedimiento. Es en general lo único que ven y lo único que los seduce. No advierten que quien lo usa posee una individualidad poderosa, de la que este procedimiento deriva, sin que él se dé cuenta. No se percatan de que ese procedimiento es eminentemente suyo: de que el traje ajeno que van a ponerse les vendrá muy largo...

»Más aún, de las modas literarias pillan sólo las aristas, los perfiles exagerados; llevan en sí un supremo don de caricatura. La casaca de Brummel se les vuelve un trapo ridículo...

»¿El remedio? Uno solo, ya lo dije: ¡Sinceridad!

»Tengamos el valor de nuestra pequeñez.

»*Mon verre est petit, mais je bois dans mon verre...*»





## XII

### *NUESTRO PORVENIR, SEGÚN TELLO TÉLLEZ*

Hace muy pocos años se hubiera considerado atentatorio eso de impedirle a uno que se case porque está enfermo. Al contrario, cuando ya no vale uno nada, cuando es uno un bagazo fisiológico, debe sentar la cabeza y buscar una muchacha bonita, sana como una rosa, para que lo cuide a uno, le ponga emplastos y linimentos, y le lleve el desayuno a la cama.

»Así se casaron muchas mujeres de nuestra raza. Del ensueño de la adolescencia en flor, pasaron al tálamo de un valetudinario, a calentar sus miembros ateridos y gotosos... Así, según un cuento de

Unamuno, don Juan Tenorio, ya viejo, pretendió a la sobrina de Don Quijote, quien exclamó indignado: «Hubiera preferido que la sedujese un don Juan joven, a que pusiera cataplasmas a éste...»

»El matrimonio, se ha dicho recientemente, es el último amor de la mujer y el primer reumatismo del hombre.

»Estas abominaciones, bendecidas por todas las iglesias y sancionadas por todos los jueces, servían, sirven aún maravillosamente, para perpetuar todo género de enfermedades hereditarias.

»Como si no bastase para agotar nuestro esfuerzo la aspereza de la lucha por la vida, nuestros buenos progenitores, que solían no dejarnos fortunas, nos favorecían engendrándonos con la mayor cantidad de lacras físicas.

»¡Qué iban a hacer los buenos señores!

»Ellos se ajustaban, se ajustan aún al ideal de los tiempos: la juventud es para calaverear. Conviene no llegar al matrimonio sino conociendo todo. Así ya no hay peligro de infidelidades. Se es un hombre serio.

»¡Claro! Y qué otra cosa se va a ser cuando apenas se es hombre!»

«En los zarzales del camino deja alguna cosa cada cual: la oveja su blanca lana, el hombre su virtud...

»Bendigamos el eufemismo del poeta; esta virtud que deja el hombre en los zarzales de la vida, tiene otros muchos nombres!

»Con la aprobación de todas las gentes llamadas sensatas, que han solido ser las más nocivas a la sociedad, el cuarentón enfermo, después de haber recogido todo el virus posible en los placeres de la juventud, se consagraba, se consagra aún, a transmitirlo a su mujer, una pobre muchacha inexperta; y a sus hijos, unos míseros inocentes que gracias al autor de sus días vienen al mundo con este pecado original de nuevo cuño.

»Y así pululan en nuestra raza los epilépticos, los neurasténicos, los dipsómanos, los artríticos, los irresponsables y lastimosos abúlicos: todos, todos víctimas del amor paterno y de la sanción sensatísima de la sociedad.»

»Sin embargo, los sociólogos no descansan; los sociólogos escriben, predican, enseñan, y los gobiernos empiezan por fin a conmoverse. Palpita ya en muchos pueblos civilizados la tendencia a impedir los matrimonios entre enfermos.

»En Suiza se exigirá en breve para casarse un certificado médico oficial.

»En varios Estados de la Unión Americana se exige ya este certificado. En Washington, por ejemplo, según leo, tanto los hombres como las mujeres, tienen que sujetarse a un examen concienzudo, hecho por médicos adscritos a los juzgados civiles, para poder casarse.

»Cierto que ahora hay muchos novios que escapan a este examen, casándose en el Canadá, que está cerca.

»Muchos millonarios franceses escapan también, salvando fronteras, a ciertas contribuciones nuevas que tienden a hacer pesar sobre los que poseen las cargas que soportan los más pobres, y a mitigar la milenaria injusticia que hace que tantos míseros mueran de hambre al lado de los opulentos.

»Salvando fronteras arreglan los hombres hoy por hoy muchas cosas. Pero en breve un convenio de todos los pueblos cultos dificultará tales arreglos, y una de las cosas que no muy tarde han de ser imposibles es esta infamia de los matrimonios entre enfermos, que pudre en germen el santo retoño de la vida...

»El mundo no es malo, no, tal cual Dios lo hizo.

La naturaleza nos lo renueva piadosamente a diario, como una madre que limpia y arregla diariamente las cunas de sus hijos. Casi todos los horrores del mundo vienen del hombre; de dos fuentes principales: la ignorancia y la maldad humanas.

»La ignorancia cada día es menor. Cada sol que se levanta nos trae un triunfo de laboratorio contra una enfermedad, y el siglo que viene asistirá quizás, maravillado, al aniquilamiento de todo germen morboso. Si a esto se añade que, merced a la solicitud de los gobiernos, un día no lejano se impedirá procrear a todos los enfermos, no es aventurado suponer que, mejorándose por una parte la fisiología y poseyendo por otra la ciencia poderes efectivos contra las dolencias físicas, el hombre, por el simple hecho de ser más sano, será mejor, mucho mejor de lo que es.

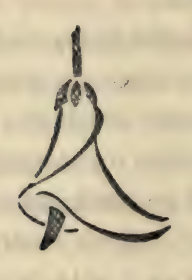
»Las cuatro quintas partes de los vencidos en la lucha por la existencia, caen porque una lacra orgánica mella más sus armas que los combates sociales. El hombre sano y normal triunfa siempre.

»Cierto que hay un obstáculo para este bello ensueño de la humanidad, sin enfermedades ni miserias hereditarias, y es el afán de población intensa que aqueja a los gobiernos de algunos países, los

cuales quieren, ante todo, grandes efectivos para la guerra.

»¿Pero no ha profetizado acaso ayer el admirable Carnegie que muy en breve todas las naciones acudirán en sus contiendas al arbitraje? ¿No trabajan, por fortuna, centenares de hombres de pensamiento y de acción, en Europa y América, por la reducción de los armamentos y de los efectivos de guerra? ¿Seremos tan pesimistas que neguemos a esta sublime semilla el dón de germinar?

»¡Yo creo en ti, oh especie!, y cuando subo a la eminencia de mi ensueño, como a una atalaya de oro para ver tus destinos, mi espíritu se llena de sol!»





## XIII

## *NUESTRO PENSAMIENTO*

Todo pensamiento egoísta del hombre, toda idea envilecida por el deseo excesivo de lucro, por el odio, por la avaricia, por la crueldad, atrae inmediatamente hacia ella la materia de los planos astral y mental correspondientes, y lejos de disolverse, de perderse, permanece en el ambiente de aquel que la ha creado.

»Es decir, que (según los teósofos) el hombre no sólo es creador cuando esculpe bellas estatuas, cuando escribe hermosos libros científicos o literarios que elevan el nivel mental de sus semejantes; cuando educa los sentimientos de quienes le ro-

dean, cuando edifica sólidos y admirables palacios de mármol, de caridad o de ensueño. No; el hombre no sólo es creador cuando hace estas buenas y nobles cosas, sino también cuando piensa y ejecuta actos bajos, innobles, bellacos.

»Si cede frecuentemente a ideas de este género, si las ampara y alberga, acaba por crear lo que se llama «formas de pensamiento», intensísimas, que medran a cada nuevo egoísmo, a cada nueva vileza, a cada nueva prevaricación.

»Mientras el hombre vive—ésta es la creencia de los teósofos—, las «formas de pensamiento» son invisibles para él, no obstante que lo influyen constantemente. Pero después de la muerte, así los pensamientos propios como los ajenos que a él se refieren, se vuelven visibles, tomando formas importunas de las cuales no puede desembarazarse, porque la atracción que hacia él experimentan es la esencia misma de su naturaleza.

»En muchos casos, gracias a estas «formas», los hombres comienzan a darse cuenta de lo odioso y feo de algunos de sus pensamientos o de lo terrible de los pensamientos agresivos que han hecho nacer, con su mala conducta, en los demás.»

«Busquemos dos ejemplos citados por grandes autores de teosofía:

»Un banquero sin conciencia ha quebrado de una manera fraudulenta, arruinando a numerosas familias, que sienten por él una cólera inmensa, que lo llenan de improperios, que lo maldicen.

»Mientras vive, rodeado de opulencias, lejos de sus víctimas, este odio, estas maldiciones, lejanos, no le molestan. Pero en cuanto muere, se vuelven visibles y lo rodean como multitud amenazadora. Además, sus propios viles pensamientos, merced a los cuales arruinó sin piedad a tantos que en él habían puesto su confianza, revisten apariencias repugnantes.

»Aquí no hay, por supuesto, nada de sobrenatural. En el universo «todo es natural». Lo único que sucede es que nada se aniquila, y que así los propios pensamientos como los pensamientos ajenos, una vez «pensados» se vuelven «criaturas», al principio vagas e inconsistentes, después robustas, merced a nuestra insistencia en «pensarlas».»

⊠

«Giovanni Papini nos cuenta, en estilo admirable,

de cierto misterioso extranjero que aparece en una aldea...

»Hay en él tal ambiente de extrañeza, que algunos le preguntan quién es.

»—Soy—responde—el pensamiento de un hombre que está dormido, lejos de aquí, en una ciudad distante.

»Me está soñando hace tiempo; cuando deje de soñarme desapareceré...

»Todos, por tanto, somos creadores. Dios se reserva sólo el aniquilamiento, pero nos ha dado el secreto de producir entidades diversas.»

⊠

«El segundo ejemplo que citan los teósofos es el de una coqueta. Trátase de una mujer joven y bella, que merced a su talento y a su gracia, fué admitida en un *music hall.*

»Era vana, sin corazón, y se complacía en enloquecer a los hombres y en burlarlos después.

»Jactábase de haber sido la causa de dos duelos y un suicidio, sin contar la larga serie de corazones desengañados y tristes.

»Terminó su vida violentamente, trágicamente, y

cuando llegó al «plano astral», fué asaltada, no sólo por la fealdad de los propios pensamientos, sino por la rabia y la ira de aquellos a quienes había engañado y arruinado.

»No se trataba de las personas mismas, muchas de las cuales vivían aún en el mundo, sino de los pensamientos y sentimientos agresivos de estas personas, que enfocados y objetivados unánimemente hacia ella, acabaron por revestir una forma espantable, algo hirsuto, negro y bestial como un mono antropomorfo, como un gigantesco gorila, que parecía querer devorarla.

»Estas formas de pensamiento no tienen vida propia, según los teósofos: viven de nuestra vida misma. Son tanto más persistentes cuanto más hemos reincidido en imaginaciones y en deseos viles, y acaban por desaparecer lentamente, cuando nuestro espíritu se eleva a planos superiores.»

⊠

«Veamos ahora la parte bella del asunto.

»Los hombres que tienen el hábito de pensar cosas armoniosas y nobles: los sabios, los artistas, los poetas, los filántropos, los pastores de pueblos,

acaban por crear un cortejo de «formas de pensamiento», serenas, sonrientes, amables, llenas de euritmia y hermosura.

»Como su potencia pensante es superior a la del común de los mortales, dada la calidad de su espíritu privilegiado, estas formas de pensamiento gozan de excepcional robustez, son fantasmas intensos y luminosos, que los acompañan por mucho tiempo en el plano astral y que no se desvanecen sino cuando su creador, el espíritu desencarnado, asciende a planos superiores.

»Si Beatriz, por ejemplo, no hubiese existido, Dante, al pensarla firmemente con su maravilloso numen, la habría «creado» y la

*Creatura ' ella bianco vestita*

habríale aparecido al morir, toda trémula de luz y toda extática de serenidad y de sonrisas...

»Pensemos, por tanto, hondamente, firme, amorosa y sinceramente, cosas bellas; imaginemos maravillosas creaturas; adornémoslas de todos los esplendores de la creación, y estemos seguros de que habremos de encontrarlas al morir...

»Carlota, Margarita, Esmeralda, Lucía, Atala, Vir-

ginia, han salido a recibir a sus poetas creadores en las lindes de la muerte...»

⊠

«No sonriáis. Esto se deriva de las enseñanzas teosóficas. Yo ni quito ni pongo rey. Deduzco simplemente, y os cuento de tales cosas sin pretender que las creáis, simplemente porque son bellas» (1).

Ahora bien: entre esos cientos de miles de personas, hay muchas, os lo aseguro, que tienen necesidad de elevar el espíritu y de ser reconfortadas.

---

(1) El artículo original, antes de ser coleccionado entre las «ideas de Tello Téllez», terminaba con estas palabras: «...y porque *El Imparcial* es una tribuna muy alta desde donde se habla a cientos de miles de personas.»





# XIV

## *UN SUEÑO DE TELLO TÉLLEZ*

Yo sueño que en México, la montaña, el valle, el desierto mismo terregoso y blanquizco, se convierten en colmenas... es decir, en escuelas.

»Que en cada recodo, en cada garganta, en cada peñasco, asoma una casita humilde, pero luminosa y alegre y limpia.

»Al lado de la casita un gran cobertizo o tinglado abriga una mesa tosca, mal tallada en el pino del monte, y circuída de rudimentarios taburetes.

»La casita sirve de escuela. El tinglado, de comedor... Cincuenta o cien inditos, bajo el amable y frágil techo de la primera, dejan oir ese rumor peculiar que producen las abejas que trabajan y los niños que estudian, y que es tan precioso para todo oído de soñador y de patriota.

»El tinglado sirve de comedor.

»Mientras los párvulos estudian, una india activa les prepara la elemental cocina: frijoles y tortillas en abundancia.

»Al medio día, la gárrula bandada surge, borbotando como el agua clara (el agua clara de la niñez, de que está hecha).

»Una leve campana (campana tan preciosa como la que sacudió Hidalgo la noche inmortal) ha sonado desde temprano, difundiendo por los caseríos apartados su voz que era un llamamiento para la restauración del espíritu.

»Ahora vuelve a sonar llamando al ágape cordial y jubiloso.

»Los niños, seguidos del maestro, van alegres al comedor, y media hora después, satisfecha la primordial necesidad, retozan en torno de la escuela, para volver al estudio, hasta las cuatro de la tarde, y regresar a sus chozas, donde la madre los aguarda, antes de que caiga nuestro pomposo sol...

»He allí todo.

»Y esto no tiene pedagogía: casi no tiene consistencia, y sin embargo, es enorme!»

⌘

«Esta bendita escuela de la montaña, con unas

cuantas estampas, con unos cuantos útiles, es la cuna de la Patria futura, de la Patria consciente y lúcida que necesitamos.

»Bien están en la metrópoli los jardines de niños, que seguramente podrán en breve competir con los mejores de Europa y de los Estados Unidos; bien están los claros y acondicionados edificios en los cuales hasta la luz ha de entrar pedagógicamente por las ventanas, y con científico sesgo ha de resbalar por los pupitres; bien están esas admirables Normales; bien esas suntuosas escuelas de comercio; muy bien las nocturnas de adultos. Dios haga que crezcan y se multipliquen... pero amemos sobre todas ellas y sobre todas las cosas, a la simple, a la cándida, a la elemental (y divina, sí, divina) escuela de la montaña; al amplio jacal, con el cobertizo anexo, donde el indito come los dos panes eternos: el que alimenta al hombre y el que alimenta al ángel.

»Cierto: la india en su penuria opone a este régimen la lógica de su hambre. El chico podría ganar algunos centavos si no fuese a la escuela... Sin duda que allí almuerza; pero ella y él, ¡qué comerán! Mas, ¡oh!, benditos presupuestos futuros de Instrucción Pública, cuando la serenidad y la paz y

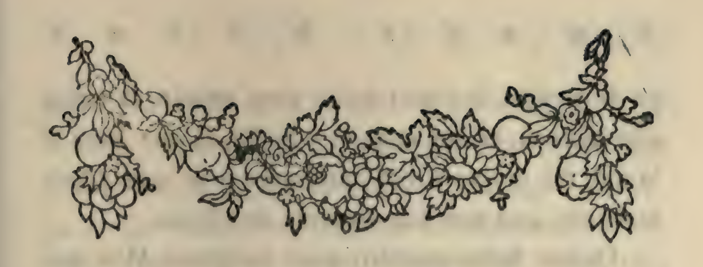
la riqueza vuelvan a nuestra pobre tierra atormentada, ¿no alcanzaréis a socorrer a la indígena a quien el hijo, para aprender, para hacerse hombre, priva del mínimo salario?

»¡Oh, pedagogos europeos, estas cosas son inusitadas para vosotros!

»Vosotros sabéis mucho de la escuela-sanatorio, de la escuela al aire libre, de las hidroterapias tonificadoras de espíritus y cuerpos, de las vacaciones a la orilla del mar, de las clases bajo los pinares... Pero no riáis, por Dios, de nuestra santa escuelita de lá montaña, de nuestros pobres jacales con su cobertizo; que yo sueño que salpican todas las crestas, que se esconden en todas las hondonadas y todos los barrancos, que se diseminan por todos los llanos y todas las gándaras! No sonriáis de ese presupuesto de Instrucción Pública que ha previsto los frijoles y las tortillas para el párvulo, y el diario para la india inválida...

»Allí está en embrión toda la Patria, la Patria de mañana, nuestro México, grande, bueno, fuerte, sosegado, activo, feliz...

»Poetas, cantad esa escuela de la montaña con su cobertizo, su panorama vasto y su ruido celestial de colmena!»



## XV

### *PLEGARIA DE TELLO TÉLLEZ*

(ÚLTIMAS PÁGINAS BORRONEADAS ANTES DE MORIR)

Danos, Señor, nuestro amor cotidiano, como nos das nuestro cotidiano pan y la luz que vemos y el aire que respiramos y la vida toda que vivimos.

»Danos, Señor, nuestro amor cotidiano, porque el sol se acuesta, y sus rayos, a través de las hojas de nuestro octubre doradas a fuego, son más preciados que aquel oro de los rayos locos de la mañana.

»Danos, Señor, nuestro amor cotidiano, porque después de haber llevado a nuestros labios todos los vasos, porque después de haber probado todas las cosas, hallamos que la mujer es la única discul-

pa de la vida, la razón única para existir: la rubia y la morena, la que engaña y la fiel, la que llora y la que ríe, la que adora muriendo y la que adora matando, que son dos maneras de adorar.

»Danos, Señor, nuestro amor cotidiano. Mira que no falte el rayo de un cariño crepuscular, discreto cordial, íntimo. Y no importa que suframos por la rubia y por la morena. Crucifíquenos el celo y atorméntenos. ¿Pues has hecho por ventura mejor cosa que la mujer en las estrellas y en los planetas?

»He aquí a un poeta que, al iniciar su tarde, te proclama aún, oh Eva, la óptima creatura!

»He aquí a un poeta de tal suerte amoroso para ti, oh Eva, que te ha amado en la luz y te ha amado en la sombra, y ni concibe sin ti éxtasis ni contigo rehusa purgatorio, oh incomparable y múltiple, que tienes en tus ojos todas las medias noches y todos los medios días, que tienes en tus labios todas las mieles y todos los venenos y hueles a carne y a sangre, que es el santo olor de la vida.

»Danos, Señor, a la hora de prima, nuestro amor cotidiano, y dánoslo a la hora de tercia y a la hora de sexta y a la hora de nona; porque, en verdad, es nuestro único salario en este mundo.

»Danos, Señor, nuestro amor cotidiano, hasta el

postrer temblor de la agonía, y que cuando hayamos de trasponer las lindes de la Sombra, sintamos aún en nuestra mano la mano tibia, larga y piadosa de una mujer, y la sintamos también sobre nuestros ojos, que se abrirán espantados como dos ventanas que dan al Misterio, y la sintamos sobre nuestra boca, para que recoja el último «te quiero», dicho mudamente, con un suspiro, al morir...»

### *EPITAFIO DE TELLO TÉLLEZ*

*Aquí descansa Tello Téllez, el del castizo nombre y la*
*vida incoherente. Sufrió, tuvo ideas y murió*
*de un síncope. Viandante piadoso:*
*lee su libro y complacerás a*
*su ánima ingenua.*




COMO
EL CRISTAL

*Bajo este título comenzó a reunir Nervo algunas páginas. Sin duda se proponía formar un libro. Una nota explicativa, de mano del poeta, dice: "Filosofía cristalina.—Amor cristalino.— Cristalino ensueño."*







## *RESTITUCIÓN*

LAS cosechas serán buenas este año en la Península, con gran regocijo de innúmeros agricultores, castigados tantas veces por las inclemencias del cielo.

A este propósito, cierto terrateniente andaluz, simpático amigo mío, referíame la otra tarde que, hace algún tiempo, en ocasión en que sequías pertinaces le habían hecho perder un caudal, quejábase amargamente, con un viejo labriego arrendatario suyo, de la esterilidad de sus afanes.

El viejo labriego, tras haberle oído en silencio, moviendo sentenciosamente la cabeza, respondió:

—Señorito, cómo se ve que entoavía es usté joven: ya vendrán los buenos tiempos; *la tierra no se queda con naa de naide!*

¡LA TIERRA NO SE QUEDA CON NAA DE NAIDE!

Mi amigo sonrió; cobró nuevo ánimo; supo esperar, y al año siguiente una copiosa cosecha le compensó de todo lo perdido, con esa esplendidez del campo generoso, de la naturaleza opulenta, manirrota, que, como en la fuente de agua clara, da siempre más de lo que le piden los sedientos y anhelosos.

¡LA TIERRA NO SE QUEDA CON NAA DE NAIDE!

Ni la Vida tampoco, ¡oh buen labriego septuagenario y sentencioso!

¡Con cuánta largueza nos devuelve el humilde óbolo que damos, el mínimo servicio prestado a un amigo; hasta la sonrisa acogedora con que recibimos a los humildes!

¡La vida tampoco SE QUEDA CON NAA DE NAIDE!

⊞

Yo recuerdo de un amigo mío en pasados tiempos.

Era rico; tenía salud, satisfacciones múltiples. Se consideraba feliz.

Quizá por eso era también egoísta, muy egoísta.

Alguna vez, con reiteradas instancias hice que se inscribiera en tal o cual lista de donativos para repatriar a un mexicano errante y desvalido, de esos

que suelen venir de Francia o de Inglaterra a España, buscando el calorcito espiritual del idioma, de las costumbres, del medio ambiente.

Mi amigo soportaba el sablazo con el humor más avinagrado del mundo. No se atrevía a negarme el modesto don, pero el duro que salía de su bolsillo iba siempre enmarcado de gesticulaciones ácidas, displicentes.

Jamás un extraño franqueaba las puertas de su casa. Creo que en muchos años, sólo a un viejo compañero de profesión invitó a almorzar con los suyos, y eso por consideraciones muy especiales.

Pues bien, para este hombre, como para tantos y tantos mexicanos, vino el desastre: un desastre total.

Tenía bienes, pero no le podían girar un céntimo a París, donde vivía a la sazón. El buen peso mexicano, de tan gloriosa memoria, el que *en otros tiempos, cuando Dios quería*, fué hasta la moneda circulante en todo el imperio chino; el que por espacio de muchos años (antes de 1910 y aun después en 1911, 12 y 13) tuvo con el oro francés una equivalencia fija de dos francos 583 milésimos, y con la libra esterlina de dos chelines, cero peniques 5.841 diezmilésimos, llegó en su

descenso, en su derrumbamiento, mejor dicho, a valer, como sucede en la actualidad, algunos céntimos de peseta o de franco: alrededor de cuarenta... Naturalmente, las rentas más cuantiosas (cuando subsitían, que era lo excepcional) reducíanse a la quinta parte de su valor.

Mi amigo empezó a pasar las de Caín.

... Ahora bien, ¿pensaréis acaso que aquel hombre que jamás sembró un germen de amor, de piedad, de altruísmo, no recogería tampoco más que espinas?

Pues no, señor: gentes un poco menos pobres que él, pero llenas de nobleza y de generosidad, lo ayudaron; amigos afectuosos dijéronle palabras reconfortantes, infundieron en su ánimo la esperanza; y hubo al fin quien, fiando en su honradez, en su promesa de que pagaría más tarde, cuando México se pacificase, le facilitara mucho dinero, tanto, que le puso permanentemente a salvo de la miseria y le dió medios de solventar sus compromisos y de vivir con decoro.

Se diría que aquellas limosnas gesticulantes y desabridas se multiplicaron hasta el infinito para volver a sus manos transmutadas en lluvia de oro... ¡y esto en los tiempos más calamitosos y decisivos

por que haya pasado la humanidad desde la época glacial!

⊞

La vida, oh buen amigo egoistón, no quiso quedarse, en su divina altivez de gran señora, con los durillos que diste a tus compatriotas desvalidos, porque la Vida, como las tierras de labranza, NO SE QUEDA CON NAA DE NAIDE.

... Dicen por allí, quienes me conocen, que mi optimismo suele ser ridículo y absurdo.

Leopardi o Schopenhauer (a quienes intensamente admiro, a pesar de la masa de sombra que han puesto sobre el mundo), lo habrían calificado más duramente aún, a haber yo vivido en su tiempo y sido lo suficientemente notorio para que me conociesen y leyesen.

Schopenhauer dice, entre otras cosas, calumniando a la vida, según su genial costumbre, en aquella obra fundamental y estupenda que se llama *El Mundo como representación y como voluntad:*

«Puesto que nuestra condición es un estado tal que hubiera hecho mejor en no existir, cuanto nos rodea muestra las huellas de este carácter, no de otra suerte que en el infierno todo está impregnado

de azufre. No hay objeto que no sea siempre imperfecto y engañador. Todo placer está mezclado de disgusto; todo goce, reducido a no ser jamás sino un goce a medias; todo contento lleva en sí un principio de turbación; todo alivio, una fuente de nuevas fatigas; todo remedio a nuestras miserias cotidianas, a nuestras miserias de cada hora, marra y nos falta instante por instante, rehusándonos su servicio; el escalón en que posamos el pie, se rompe a cada momento bajo nuestras plantas. Sí: los infortunios, grandes y pequeños, he aquí el elemento de nuestra vida, y, para decirlo en una palabra, nos parecemos a Phinea, cuyos alimentos ensuciaban las arpías de tal suerte, que no podía comerlos...»

Ya Voltaire nos había dicho: «Le bonheur n'est qu'un rêve, et la douleur est réelle.» Y en su delicioso *Candide* se burló con una resonancia que será eterna, tan eterna como las desesperanzas del viejo Eclesiástico, del filósofo Leibniz y de su concepción azucarada del mundo.

Ya Byron clamaba con su acostumbrado énfasis y su bella sonoridad:

*Our life is a false nature... & &.*

(¿Pero no se trata por ventura de enfermos, y no dijo Nietzsche que UN ENFERMO NO TIENE EL DERECHO DE SER PESIMISTA?)

Ya, en fin, nuestro grande y austero Calderón nos dió el porqué del mal vivir, que Schopenhauer halla admirablemente justo y corroborador de su gran tesis filosófica:

> porque el delito mayor
> del hombre es haber nacido.

(«No haber nacido es el primero de los bienes», dijo Sófocles.)

Ya el inmenso Shakespeare, en *Macbeth*, ha exclamado: «La vida no es sino una sombra errante; es un pobre actor que se agita una hora sobre la escena y después no se vuelve a oir; un cuento referido por un idiota, lleno de ruido y de furor, y que no significa nada.»

Sí, grandes poetas, grandes satíricos, grandes filósofos: el mundo es malo, nuestra hora llena de angustias (por más que toda calificación y todo concepto relativos al Destino sean vanos e inútiles, ya que no lo conocemos y ya que somos nosotros la medida del universo...), la vida es pésima... PERO NO SE QUEDA CON NÁA DE NAIDE.

Quién sabe qué sublime virtud escondida hay en nuestros actos; pero ello es que el menor bien ejecutado se vuelve más tarde lluvia de bienes.

Del propio modo que la cortesana del cuento resolvió meterse a mujer honrada, porque la honradez era al fin y al cabo el oficio más productivo; de la misma manera que el mendigo del chascarrillo decidió, en vista de lo flaco de las limosnas, ponerse a trabajar, yo pediría a los hombres sombríos, que dudan siempre y siempre desconfían, a esos hombres que son rémora del adelanto de su propio país porque no creen en el éxito de ninguna empresa audaz y nueva, que ensayasen el optimismo como un régimen curativo. Y a los avaros y cicateros, que son una rémora peor aún que los otros, les propondría el negocio de que hablaba Víctor Hugo: dar al pobre, servir al prójimo, ya no por caridad o por altruísmo, sino por usura, por lucro, explotando la inagotable esplendidez con que la Vida paga a los humanitarios y recordando aquel proverbio galaico, el cual afirma que *la mano que se abre está siempre llena.*

«¡Nadie se ha arruinado por dar!», exclama Emerson, y a esto habría que añadir: No hay un caritativo que sea triste. Todo hombre bueno, que

como la Naturaleza sabe difundirse, como ella es apacible y sereno: NATURA NON CONTRISTATUR!

Los corazones tristes son aquellos que están ayunos de caridad y llenos de indigencia.

La bondad, que se difunde, se otorga, se entrega a todos como el sol, es luminosa y sonriente como él.

REIR ES LO MÁS SERIO—se ha dicho (yo escribiría SONREIR, para que nadie ose confundir este privilegio de los dioses con la carcajada estulta y palurda).

«La gracia, el chiste—nos decía don Juan Valera en su última obra—, la risa benévola, que no lastima ni hunde a quien la provoca, era y es remedio y panacea de los pesares. Risa tal apenas se da hoy. Cervantes la tenía como precioso don del cielo. Hoy la seriedad nos abruma...» Y más adelante: «La risa sin hiel es celeste propiedad de los dioses y en la tierra privilegio exclusivo de los hombres sanos y fuertes. Seguro indicio de salud y de fortaleza es reir con suavidad. Este es el mayor y más misterioso encanto del libro del QUIJOTE. No se concibe la risa sin la debida conformidad con Dios, y sin reconocer y declarar que cuantas cosas Dios creó son buenas, como el mismo Dios dijo al crear-

las.» Este sencillo y cristalino optimismo del Maestro no se desmintió jamás. «Amaba la existencia tal cual es»—dice el conde de las Navas en su opúsculo sobre Valera, intitulado *Apuntes del natural,* porque, según sus propias palabras, «no conocía personalmente otra mejor...» ¡Delicioso humorismo de don Juan!

⊠

Ensayemos ocuparnos un poco de los demás; levantémonos todos los días con el deliberado propósito de no acostarnos sin haber servido en algo a la CAUSA DEL MUNDO, ayudando en cuanto podamos al progreso colectivo, a la obra común, y con amor a nuestros semejantes, entendido que es caridad: hasta un apretón de manos o una sonrisa a tiempo; un buen consejo, una palabra que tonifique, una simple carta de recomendación que se procura hacer eficaz... un vaso de agua fría dado en nombre de aquel de quien se dijo: TRANSIT BENEFACIENDO...

Hagamos esto y veamos después si, más que el valerianato de amoníaco, los baños templados, el bromuro y el aire del campo, no calman nuestra

neurastenia, nuestro *tedium vitæ*, nuestra displicencia habitual, esa sencilla y franca cordialidad que a todo requerimiento humano responde sin miedo AQUÍ ESTOY; esa simpatía que se riega al pasar; esa: actitud acogedora siempre; ese convencimiento de que nuestros días son un tesoro demasiado precioso para gastarlos en malevolencias...

Y habiendo obrado así, esperemos. Pasarán los ciclones, mundiales o nacionales. Se desvanecerán las tormentas. Después de la devastación de los torrentes, de la salida de madre de los ríos, aparecerán las tierras de aluvión, propicias, generosas, fecundas... Se aclarará de nuevo, como el cristal más limpio, la esperanza; y del seno misterioso de las posibilidades empezará a surgir *el ciento por uno* del grano que sembramos y que creímos para siempre perdido... porque la Vida, como la buena tierra, NO SE QUEDA CON NÁA DE NAIDE!



## EL HOMBRE MADURO

... *«Et les baisers de moins et les rides de plus!»*
VÍCTOR HUGO.

La *malquerida*, de Benavente, cinematografiada ya, irá en breve, en esta nueva forma, «sintética» y ultramoderna, por todo el mundo.

Su éxito ha sido absoluto, a pesar de los mohines de desagrado que la acogieron al principio.

No eran sólo el tema y el desenlace truculento los que molestaban: había quizás algo más, hiriente para los prejuicios españoles, a saber: que un hombre maduro amase con pasión a una chiquilla de diez y seis a diez y ocho años, y lo que es peor, fuese amado profundamente por ella.

«Ha sío el único hombre a quien he querío!»—dice Acacia, cuando su madre, Raimunda, advierte que el abrazo paternal que pedía a Esteban para su

hijastra se ha convertido en un beso de amor, boca con boca.

En España y en nuestra América, el hombre maduro no tiene, como en Francia, como en Inglaterra, el derecho de amar.

El hombre de cuarenta años ya es un señor «de edad».

Campoamor dice en una de sus más sabidas doloras:

En el cristal de un espejo
a los cuarenta me vi,
y hallándome feo y viejo,
de rabia el cristal rompí.

El gran poeta se consideraba, pues, viejo a los ocho lustros, es decir, apenas empezada en el hombre la virilidad, la época por excelencia.

En Francia, un hombre, no de cuarenta, sino de cincuenta años, es, a lo sumo, un *Monsieur sérieux*..., pero viejo, jamás. En el mercado del amor, sus bonos se cotizan de preferencia a los de los mozos de treinta o treinta y cinco años, que son *volages* y no se dan todavía cuenta exacta de la vida.

La mujer de veinticinco años, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, se casa con un hombre de cuarenta.

Para el amor, el hombre de menos edad carece aún de delicadezas, de «sabor», según la expresión de cierta inenarrable mundana, quien añadía: «¡Veinticinco años los tiene cualquiera!»

En España el concepto de la lozanía masculina es totalmente distinto.

Los poetas románticos encontraban que a los treinta años debe tenerse ya el alma seca:

Treinta años: ¡quién me diría
que tuviese al cabo de ellos,
si no blancos los cabellos,
el alma apagada y fría!

o bien aquello de

«treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!»

(Cómo hubieran sonreído de esto un Lope de Vega, enamorado con pasión, ya harto maduro, de «Camila Lucinda»; o un Enrique IV, vuelto loco a los cincuenta y tantos por una chiquilla de diez y ocho; o un Miguel Angel, adorando, ya septuagenario, a Victoria Colonna y escribiéndole apasionados versos, en que la llamaba: «vivo reflejo del esplendor que, descendiendo de las más altas estrellas, atrae hacia sí el deseo que se llama Amor»... Cierto es que hombres como Miguel Angel, Enri-

que IV y Lope de Vega no se dan muchos en libra.)

⊞

La mujer española y la nuestra, de acuerdo instintivamente con esta depreciación de la edad viril, se casan por lo común con muchachos que les llevan a los sumo cuatro o cinco años, cuando no las igualan en edad. Como por otra parte, y merced a achaque peculiar en las mujeres de nuestra raza, envejecen muy pronto (o engordan, que es lo mismo), se ven siempre imponentes y monumentales junto a sus maridos, que continúan siendo jóvenes mucho tiempo después.

En las naciones del Norte, esta desproporción de edades parecería rara.

No hace mucho tiempo que una gran revista inglesa inició cierta encuesta por todo extremo interesante: preguntaba a las mujeres del Reino Unido cuál era la edad que preferían en el hombre, y por unanimidad respondieron que de los treinta y cinco para arriba.

Ello se explica. Si el amor debe considerarse como un arte (ars amandi...) ya sabemos que el arte *es una larga paciencia!* y así como en literatura se estima que las mejores obras se producen de los

cuarenta a los sesenta años, en amor la obra por excelencia: la del matrimonio, la de más delicada y fina táctica, tiene que ser propia del hombre maduro y entrenado.

La mujer ya sabemos que es una lira, un instrumento precioso. Necesítase de una mano hábil, aterciopelada, experta, conocedora de todos los semitonos, para hacerla vibrar armoniosamente. Antes de los treinta y cinco o cuarenta años, es difícil que un hombre sepa pulsar esta lira...

La paciencia, la cordialidad, la apacible y graciosa tolerancia, no son propias del hombre joven y fogoso. De aquí que los matrimonios entre muchachos de la misma edad sean tan rara vez felices, por culpa del marido. Si se tratase únicamente del *crescite* y *multiplicamini*, todo iría bien quizá; pero como el matrimonio moderno es eso y tantas cosas más... tantas cosas complicadas que hay que rimar...

El varón de cuarenta años sabe lo que vale una mujer (¡y lo que cuesta!) Los muchachos no lo saben. La juventud va en un automóvil de cien caballos, demasiado vertiginoso para ver y admirar las flores (las a veces maravillosas flores) del camino.

⊞

Se explicaría, sin embargo, este desdén por el hombre maduro, si mental o fisiológicamente fuese inferior a los jóvenes. Pero no es así.

De un largo estudio publicado poco antes de la guerra por el *Berliner Tageblatt*, resulta comprobado que el súmum de actividad de una vida humana debería en realidad colocarse a los *cincuenta años*, y que para indicar que alguien se halla en la plenitud de su fuerza y de sus facultades, convendría decir de él: «Es un hombre de cincuenta años.»

En el curso de dicho estudio se exponen muchos argumentos, especialmente por el doctor Krauss, el profesor Arturo Kampf, el señor Bruno Herbit, el doctor Leppmann, el doctor Fritz Denneth, el señor Friedrichs, el doctor Zeitlin, etc., etc.; argumentos cuyo conjunto constituye una verdadera defensa, documentadísima, del hombre de diez lustros.

La americanización del personal en el comercio y en la industria, ha hecho que sean preferidos los jóvenes, en perjuicio del trabajador experimentado, cuando, de hecho, el mérito profesional de este último debería asegurarle en la lucha por la vida una preponderancia seria.

Según el propio estudio del *Berliner Tageblatt*, el hombre de cincuenta años no es fisiológicamen-

te más viejo que el de cuarenta, y, considerado ya como artista, ya como negociante, presenta un valor intelectual en pleno rendimiento.

⊞

He aquí, a propósito de la creación genial, flor de la madurez, algunas palabras que traduzco de Richard Le Gallien y que llevarán acaso la convicción al ánimo más prevenido:

«Nada es más falso que la idea de que los mejores libros del mundo fueron obra de jóvenes. La muerte prematura de algunos poetas ha dado cuerpo a este error: error manifiesto. Abundan los ejemplos para refutarlo, en la historia general de la literatura. Tennyson ¿tendría el sitio que ocupa en la poesía lírica si no hubiese escrito *Crossing the bar* a los ochenta y un años? ¿Y qué decir de *Tristram of Lyonesse*, publicado cuando Swinburn había llegado a su plena madurez?

Las facultades creadoras, la juventud perpetua de grandes hombres como Sócrates, Chateaubriand, Voltaire, La Fontaine, Lamartine, Hugo, Grimm, Michelet, Emerson, Whitman, Tolstoi, Bjornson y Twain, que todos ellos vivieron más de setenta años, contradicen las ultrasabias teorías de nues-

tras sociedades de investigaciones psíquicas. Hay que contar también a Ibsen, cuya obra *Cuando los muertos despierten* fué un magnífico canto del cisne. Y Goethe, cuya segunda parte del *Fausto* se publicó cuando tenía ochenta años.

Los tres grandes poetas dramáticos griegos, Esquilo, Sófocles, Eurípides, fueron admirables ancianos. Si la VITA NUOVA de Dante es una obra de juventud, el INFIERNO fué escrito y vuelto a escribir durante todo el resto de su vida. Petrarca cantaba aún a Laura a los setenta años, y Ronsard escribió hasta los setenta y un años odas inolvidables. La TEMPESTAD de Shakespeare fué escrita a los cincuenta años.

No hay ninguna razón para creer que Byron, Burns, Shelley, Keats y tantos otros escritores, muertos en la flor de la edad, llegaron a todo su desarrollo.

Milton, Beranger, Longfellow, Kant, Tácito, Carlyle, Molière, Rabelais, Montaigne, Cervantes, Balzac, son todos ejemplos de genios que, a una edad avanzada, produjeron obras imperecederas.

⊞

Uno de los elogios más elocuentes y justos, aña-

diré, que se han hecho del hombre maduro, es el que se encuentra en las páginas de cierto viejo libro, intitulado *Les Armonies Providentielles*, de Charles Lévêque, y que traduzco a renglón seguido:

«Un hombre tiene cincuenta años. Está en toda la potente madurez de su ser. Con un trabajo de medio siglo ha transformado sus facultades en otros tantos instrumentos de virtud... Es el centro y el lazo de un conjunto de armonías excelentes. Después de largas pruebas, comienza en fin a gozar un poco de haber amado invariablemente el bien y de haberlo realizado siempre. Se siente capaz en lo de adelante de realizarlo con más seguridad aún...»

Hablando de la muerte (sin vida ulterior del alma) de un hombre así, añade: «Calculad la extensión de esta pérdida. Su ser se había engrandecido por medio de las afecciones nobles, por la inteligencia, por la virtud. Sus riquezas morales tenían tanto más precio cuanto que las había en parte creado él mismo. Este bien lo habría aumentado de día en día, si la vida se lo hubiese permitido. Un hombre tal, era, aquí, en el mundo, para sí mismo y para los demás, un órgano admirable de progreso y de felicidad. En el momento en que va a gustar la ale-

gría soberana de hacer el bien, fácilmente, rápidamente, porque para ello se ha formado un hábito; en el momento en que va a recoger en abundancia los maduros frutos de su hermosa vida, se extingue de pronto. Si cayese en la nada, Aquel que lo creó, Aquel que lo hizo elevarse tan alto y que le impuso el deber de hacerlo, sería inferior al más malvado de los padres. Este hombre era, en efecto, COMO NUNCA, PODEROSO PARA LA VIDA; ESTABA MÁS QUE NUNCA EN ARMONÍA CON LA VIDA. MÁS QUE NUNCA ASPIRABA A SER Y A PRODUCIR EL SER. Tales poderes y tales armonías, que se acordaban no solamente en él mismo, sino alrededor de él, ¿pretendéis que el Dios eterna y perfectamente bueno haya decidido que perezcan, JUSTAMENTE EN EL MOMENTO EN QUE PROCLAMABAN y CLAMABAN a LA VIDA? ¿Hay por ventura sobre la tierra un ingeniero bastante estúpido para romper en pedazos UN MARAVILLOSO MECANISMO, A LA HORA EN QUE ESE MECANISMO LLEGA PECISAMENTE A LA PERFECCIÓN?

⊞

Por último—y éste es el argumento capital en favor del hombre maduro, porque se basa en los fueros de la vida—: en los matrimonios demasiado jó-

venes abundan las mujeres. Los hombres nacen generalmente después, cuando el padre ha llegado a la virilidad plena.

Los hijos varones, especialmente los más inteligentes, los más fuertes, los más aptos, son, por lo común, los engendrados de los treinta y cinco a los cincuenta años, siempre que se trate, lógica y naturalmente, de personas sanas y sin lacra de vicios.

⊠

... Pero, ¿y ciertos signos exteriores de la edad? Algunas canas que entretejen sus hilos de plata en el caudal de los cabellos negros? Y la calva, la «distinguida», pero no la tentadora calva? Y la *pata de gallo?*

La mujer inteligente no cura de estas cosas. La mujer inteligente necesita, desea, quiere un hombre completo: fuerza física, vigor mental, serenidad de espíritu, energía blindada por la lucha.

El matrimonio—se ha dicho—es una larga conversación. El hombre instruído, discreto, que ha visto muchas cosas, que se ha asomado a muchos corazones, que posee por ende inagotables recursos imaginativos, que ha adquirido el don de gen-

tes, tan difícil y precioso, es un incomparable compañero de viaje: es aquel con quien una mujer (no vulgar) se fastidia menos.

Y fastidiarse menos ¿no constituye, por ventura, el colmo de la beatitud en este fluir tedioso de los minutos, en esta doliente peregrinación de las horas, que *hieren todas hasta que mata la última;* en este desfilar de las cosas, que llegan, nos hacen daño y se van?

NOTA.—Sería posible que algún malintencionado pensase: «el autor de este artículo, como es ya un hombre maduro, trabaja *pro domo sua...*»

Acaso este malintencionado tuviese en parte razón: el autor de este artículo es ya, en efecto, un hombre maduro, que se siente, por cierto, más joven que nunca, con la ventaja sobre los muchachos auténticos de darse cuenta exacta de sus aún luminosas horas vespertinas de sol... Pero no trabaja *pro domo sua:* en primer lugar, porque en achaques del querer tiene cuanto le hace falta, y en segundo, porque sólo desea un reinado más amplio del amor en el mundo... sabiendo que lo demás se le dará por añadidura.—*A. N.*



## *LA FUENTE*

IMAGINAOS a Dios como una fuente: una inmensa, una cristalina, una apacible fuente en que se copia todo lo creado. Sólo que, en realidad, la copia... está afuera. La realidad es lo que creemos imagen, lo que está dentro de la fuente, lo que parece temblar en su espejo. Lo de fuera, lo que creemos que se copia, es el universo: la ilusión...

De esa fuente surgen innumerables hilos de agua; salen puros, cantarines, alegres, límpidos; pero poco a poco, al ir rodando por la pendiente, se enturbian... es decir, se enturbian algunos; otros continúan cristalinos: depende del terreno.

Estos hilos de agua, después de describir una vasta curva, vuelven a la fuente.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir...

Sólo que este mar no es el morir precisamente: este *Mar* es Dios, de donde hemos venido y adonde volvemos.

El retorno se llama Muerte para los hombres.

⊠

Cada hilo de agua es una vida, eso sí; y el amor nos enciende en deseo de fundir nuestro caudal con otro, que es vida femenina para los hombres, vida masculina para las mujeres: ilusión.

A veces, el hilo de agua con el cual ansiamos fundir el nuestro, se nos escapa; se quiebra, por parajes adonde no podemos seguirle. Entonces el deseo se encrespa, tórnase pasión: por seguir aquella linfa fugitiva, nos despeñamos en el abismo: la pasión es como una cascada.

Tragedia inútil: el hilo de agua coge por otra pendiente...

La cascada espumarajea rabiosa.

⊠

Mas he aquí que una noble filosofía nos dice:

—No desesperes; en vez de seguir inútilmente esa agua que huye, vuelve lo mejor de ti mismo a la fuente de donde ha procedido. Todo lo que buscas y ansías en ese hilo de agua, está de un modo pleno, esencial, perfecto, maravilloso, en la Fuente...

—Pero la Fuente no es el hilo de agua...

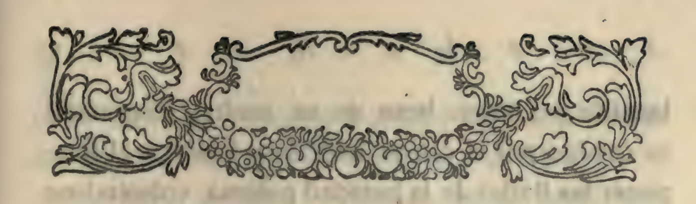
—La Fuente es ese hilo de agua y es los otros hilos de agua. Como que de ella emanan todos...

—Este hilo de agua para mí está individualizado—añades—; no es como el agua de la Fuente.

—Ilusión: es en absoluto la misma agua. Cuando torne a la Fuente, no podrás diferenciarla, ni siquiera por el barro que la haya enturbiado en el camino; porque al volver a su origen instantáneamente se aclarará, se diafanizará, se divinizará... Por lo demás, tú no te cuidarás ya de esas diferenciaciones. La magia portentosa de la Fuente hará que olvides todo lo que no sea ella. *Quien bebe de su*

*agua jamás vuelve a tener sed...* El que se asoma a esa Fuente, ve en ella todas las posibilidades de los hilos de agua que saldrán, todo el encanto de los hilos de agua que ya volvieron. Con respecto a la belleza de la mujer, imagínate un Don Juan que las poseyese a todas al mismo tiempo y sumase en un solo deleite todos estos deleites y que este deleite se perpetuase... Pues más que eso es la visión de la Fuente, que algunos llaman *Visión beatífica.* Tú te abismas en su diafanidad, en su frescura, en su gracia, y este abismarse no acaba. Nunca has de encontrar el fondo...

El enamorado se queda pensativo. Querría creer en tan bella filosofía. Pero la ilusión de la individualidad lo tiene cogido entre sus redes, finas, inextricables, que sólo algunos grandes ascetas aciertan a romper, y pasa su vida manando de la Fuente, que es paz, sin hallar la paz nunca, sin comprender que lo posee todo y que insensatamente, él, que puede tener la Plenitud, va angustiado tras el átomo furtivo; él, que puede abismarse en el sol, corre loca y angustiosamente tras uno de sus rayos...



## *TODO ES SEGUN EL COLOR DEL CRISTAL CON QUE SE MIRA*

Cuando Juan dejó la aldea natal, la naturaleza, en plenitud de vida, hacía ostentación de su pompa y esplendidez: inundación de luz en el espacio, plétora de perfumes en el ambiente; el boscaje poblado de trinos y rumores de alas; el arroyo rizando con voluptuosidad sus linfas; el césped lacio estremeciéndose a las caricias del aura; el coleóptero luciendo su bruñido blindaje a los rayos del sol; el chupamirto inquieto agitando su plumaje de colores en rededor de los cálices entreabiertos, y la mariposa desplegando sus pétalos de seda, como «flor alada», en medio del vergel.

Juan, sintiendo aún sobre sus labios el calor

bendito del último beso de su madre, emprendió su camino por el campo mullido y fresco, y al trasponer las lindes de la heredad paterna, volviéndose por vez postrera hacia aquellos sitios donde gozó de niño y amó y esperó ya joven, extendió los brazos como para bendecirlos y les dijo ¡adiós! Iba al mundo, a la lucha, al bullicio; crisálida vigorosa, rompía el capullo y, sintiéndose dotada de alas, emprendía el vuelo hacia lo porvenir, arcano luminoso y tentador.

¡Génesis halagador de una vida nueva llegaba para él!

Había mucha savia en su alma, muchos perfumes en su corazón; sentía dentro de sí arrullos divinos y la esperanza, la eterna mentirosa, decía a su oído: ¡ya verás!...

⊠

¡Veinte años pasados como el fulgor de un lampo de Julio; como el esplendor de un meteoro de las noches otoñales!

Y Juan volvía, en plena primavera también, a la gentil aldea.

El mismo campo salpicado de maravillas y gira-

soles dorados. El mismo frondaje espeso, poblado de rumores, de trinos de corriente y de alas.

La misma serranía perfilando en el horizonte sus crestas azules. El mismo cielo empapado de luz. Primero, la aurora abriendo su urna de nácar; luego, el sol, áurea fuente celeste, desbordándose en torrentes de fuego; después, el crepúsculo volcando sobre montes y oteros su caudal de rojo vivo.

¡Y él triste, él lloroso, él suspirando!

¿Por qué?

—¡Ah!—dijo al divisar el apiñado y blanco caserío coronado de humo y la vega llena de calma infinita—. ¡Ah! naturaleza, te dejé alegre y radiosa como mi espíritu; te encuentro sombría y desolada como mi corazón!

¿Dónde están tus fulgores? ¿dónde tu perfume? ¿dónde tus murmullos, tu frescura, tus panoramas espléndidos, tus lujuriosas frondas, tu rubio sol?

Y un pajarillo que coqueteaba desde una rama con unos lirios que parecían flores de nieve, cantó así:

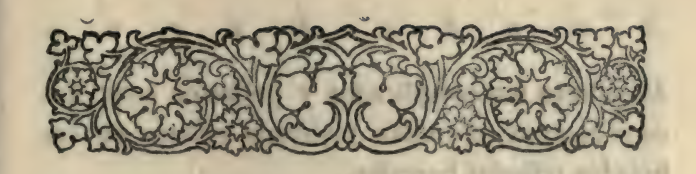
—¡Necio! El sol fulgura como siempre; en el frondaje espeso hay arrullos de amor, temblorosos, y plumajes que pasan zumbando de una a otra

rama como saetas de colores; el arroyo eriza aún sus linfas, se encabrita y salta sobre los troncos, mascullando una canción o una queja; el perfume flota todavía y se eleva como invisible incienso de la tierra al cielo; la brisa no ha olvidado sus trémolos suaves... Todo ama y es feliz como antes; todo está alegre... ¡el triste eres tú!...

⊠

Ojos cercados de azul por el insomnio, no os quejéis si en vuestro rededor todo aparece yermo y desolado: el cristal que lleváis, la tristeza, es gris opaco! Almas heladas por el desengaño, ¿qué culpa tiene la primavera cuando no ostenta para vosotros radiaciones espléndidas, frescura suave y colores de iris, si lleváis por dondequiera vuestro invierno?

¡La naturaleza es bella cuando la juventud la mira a través de su cristal rosado; la naturaleza es triste, aparece muerta, cuando el tedio la ve a través de su cristal opaco!



## ESTAMOS DORMIDOS

Cuando tropecéis en la vida—que será frecuentemente—con algún necio, y tengáis que sufrir, ya sus tosquedades, ya sus impertinencias, ya los efectos de su inercia invencible, procurad no impacientaros; sino más bien deciros para vuestro coleto, a guisa de disculpa amplia, generosa y a la vez exacta, de la actitud de quien os fastidia: «Este hombre está dormido». O si no queréis ser tan categóricos: «Este hombre no está del todo despierto...»

Si recorremos un poco la escala de la vida; si nos remontamos hacia los orígenes, veremos que todas las formas primordiales han dormido y duermen durante siglos. El mineral amorfo duerme más que el vegetal; el vegetal, más que el animal inferior; el animal inferior, más que el superior. Seres tan aventajados en la escala zoológica como los ofidios, duermen las tres cuartas partes de su vida...

Mamíferos tan complicados y perfectos como los osos blancos, dormitan inviernos enteros en sus helados refugios boreales.

El «rey de la creación», por su parte, duerme los nueve meses que está en el claustro materno; duerme los primeros años que siguen a su nacimiento; duerme en realidad el septenario que la naturaleza emplea para traerlo a la conciencia del mundo, y continúa después durmiendo la tercera parte, cuando menos, de sus días sobre la tierra.

Pero, aun en las horas de vigilia, el ser humano no está del todo despierto... La inmensa mayoría de la gente—el pueblo en especial, una enorme cantidad de mujeres y muchísimos hombres de mediana cerebración,—pasan la vida consciente en un semisueño, ignorando el porqué de las cosas más simples, asomándose apenas a la existencia por las ventanas aún estrechas y turbias de sus sentidos, moviéndose solamente al influjo de un instinto obscuro.

En las clases elevadas también se duerme mucho. El aristócrata, casi incapaz de pensar, viviendo conforme a unos cuantos moldes antiguos, a unos cuantos lugares comunes transmitidos de generación en generación, a tal o cual influencia atávica de irriso-

rio procerato, es un ser profundamente dormido.

Sólo hay en el hombre dos cosas que velan: la inteligencia y la intuición, pero para estar verdaderamente despierto, se necesitan una inteligencia o una intuición muy grandes.

La naturaleza, por su parte, rara vez echa mano de ellas; para los fines misteriosos que persigue, le basta con el instinto que ha puesto en las especies; y sólo en ciertos hombres tipos, en ciertos «progenerados», que son como los más culminantes jalones del esfuerzo de la especie, acude a estímulos especiales y produce el brote del genio o de la santidad.

Todos los seres yacen, por tanto, con rarísimas excepciones, en los limbos de un sueño profundo inmenso. Las especies caminan con los ojos cerrados; llévalas de la mano el instinto. La humanidad entera no es más que la «bella del bosque durmiente».

¿Por qué enojarse, pues, por las llamadas flaquezas del prójimo? El hombre ávido de ganancia, que roba y esquilma a todo el mundo, estimulado por la ilusión de poseer, sin darse cuenta de que en realidad no podemos poseer nada: ni los mue-

bles que usamos, ni el dinero que atesoramos en los bancos; que somos simples depositarios de las cosas, las cuales van pasando de mano en mano, sin que, en suma, pertenezcan a nadie; ese hombre que sacrifica su dignidad y su conciencia de una manera tan estúpida, creedlo, está dormido.

Los que combaten por arrebatarse cosas, que no han de poseer; los que toman venganza de agravios que no existen sino en su imaginación; los que aman sin saber por qué a una mujer que ni conocen ni conocerán jamás... están dormidos!

Los sabios han venido a comprender estas cosas con la lentitud que caracteriza a toda sabiduría; los grandes poetas las habían comprendido antes, y el monólogo de Segismundo, síntesis admirable y suprema de la humanidad, lo prueba de sobra...

«Sueña el rico en su riqueza
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende...

—Velad y orad para que no entréis en tentación—decía Jesús a sus discípulos en la solemne noche de Getsemaní.

—¿Cómo, Maestro, pues qué, se puede caer en tentación estando dormido?

—Sí—parece respondernos el Cristo desde el abismo de dos mil años—. En tentación caen los dormidos solamente. Los despiertos, no.

Jesús estuvo siempre despierto...

⊠

Cuando el hombre ha llegado a una etapa avanzada de su evolución, siente que va despertando... ¿En qué se conoce esto?

Se conoce en que, si hasta entonces se había asomado hacia afuera, hacia el espectáculo de la materia en movimiento: hacia las ciudades, hacia el amor, hacia la ambición, hacia el contentamiento de los apetitos inferiores, lentamente empieza a entornar estas ventanas de sus sentidos y a abrir las otras, las que dan al mundo interior... Empieza a asomarse para adentro.

Le veréis horas enteras en reposo, divagando al parecer, lleno, sin embargo, de serenidad y de in-

dulgencia para vuestros ruidos y superficiales balumbas.

No penséis que descansa: NO, trabaja con un trabajo superior a todos; cosecha... Empieza a despertar, a *ver*... lo que se ve cuando uno despierta!

Ya no anhela viajar; ya no pretende poseer; bástanle pocas cosas; sus cariños son fríos, pero inteligentes y abnegados; nada exigen en cambio... Su alma, que vela mientras las vuestras duermen, es como un aura maternal que os rodea, os protege; es como una coraza impalpable frente a vuestra vida.

—Ya no le interesa nada—decís con despecho.

No es cierto. Ahora es cuando empieza a interesarle todo. Lo que pasa es que ya no sueña, y en su rededor se han desvanecido esos fantasmas que la noche trae y que se lleva la mañana.

Felices vosotros si llegáis en este planeta a tan sublime estado de vigilia... A medida que el Sueño vaya alejándose con sus muselinas azules y rosadas, verdes y rojas, irá apareciendo ante vuestros ojos embelesados la maravillosa desnudez de la Verdad.



*LA MALDAD*

¿Por qué se es malo?

Por egoísmo—responde Emile Tardieu; y para dar más valor a su respuesta se apoya en Schopenhauer.

«Cuando un hombre—afirma este gran filósofo—en cualquier ocasión o en cuanto deja de haber una fuerza que lo retenga, se siente inclinado a cometer la injusticia, decimos de él que es malo... La fuente de la maldad es el egoísmo, llevado al extremo... Lo que se revela en un hombre semejante, es cierta voluntad de vivir extraordinariamente violenta y que sobrepasa con mucho la simple afirmación de su propio cuerpo... La voluntad en este estado de exasperación es, necesariamente

y por naturaleza, un venero inagotable de sufrimientos... Todo hombre muy malo lleva en su rostro los signos de un íntimo sufrimiento...»

«La maldad—añade Tardieu, comentando lo anterior—tiene razones psicológicas... Es propia de los débiles, de los vencidos, que son malos porque han sido apaleados, y que no tienen más reacción que la cólera. El fuerte, que está seguro de sí mismo; el ambicioso que va hacia el poder, no son malos. Napoleón I, que era el tipo de la ambición hecha carne, no fué malo, y aun le reconocen los historiadores una positiva bondad.

»Pero los impotentes que no se resignan, los heridos en la existencia, a quienes se ha hecho sentir su derrota, estarán frecuentemente podridos de malignidad.»

⊠

Los contrahechos, corroborando esta teoría expuesta por Tardieu, son generalmente malos:

¿Veis esa repugnante criatura:
chato, pelón, sin dientes, corcovado?
Pues lo mejor que tiene es la figura...

La maldad en este caso es disculpable. Ha nacido de la actitud cruel de los otros, de su burla despiadada, de un exceso de hiel.

El contrahecho, tras de irritarse contra la injusticia del destino, llega a creer que en todas las miradas hay desdén para él. Su maldad no es, en suma sino una coraza erizada de púas para defenderse.

Pero acercaos a él blandamente; demostradle con vuestra conducta que no os inspira ni repugnancia ni compasión humillante; portaos con él como amigos, y veréis qué tesoros maravillosos de bondad, de gratitud, de ternura, hay escondidos bajo la corteza de su deformidad.

⊠

La ironía malévola, la chanza hiriente, son formas muy usuales de la perversidad. Lo son asimismo la murmuración, el chisme. La calumnia es ya algo más; es un homicidio *in fieri*, un asesinato en embrión.

El cobarde, el pequeño, que no osa mataros, os difama. Si fuese más fuerte y más audaz, os apuñalaría...

La broma llena de violencia, resulta, pues, un derivativo del homicidio.

«La maldad—dice Tardieu—tiene sus razones fisiológicas, que son: una salud defectuosa, la enfermedad, la fatiga. Es como la punta aguda del mal humor. Los enfermos se irritan con suma facilidad. Cuando la dolencia es incurable, la malignidad llega hasta una loca exasperación. En la tuberculosis, por ejemplo, la maldad es un signo precursor de la meningitis. Las ratas tuberculosas se vuelven perversas...»

Por lo demás, la vida con sus angustias, sus problemas, su inquietud, su vibrante movilidad, desgasta los mejores organismos, mella los mejores caracteres, que, a veces, son malos, momentáneamente malos, porque en el fuerte la bondad flota siempre sobre todas las agitaciones pasionales, y la resultante de sus actos está amasada con benevolencia.

Es imposible de toda imposibilidad que un hombre verdaderamente superior sea malo. Podrá ser triste, serenamente triste, pero malo jamás.

Estar en la cima de la inteligencia es estar en la cima del bien.

Si, como es probable (y la ciencia tiende ya a

demostrarlo), hay inteligencias invisibles superiores a las nuestras—que han pasado o no por la humanidad —, esas inteligencias serán por fuerza buenas.

La maldad no existe en el mundo sino por efecto de contraste. No es una realidad. Los seres perversos no son de hecho sino seres inferiores. El alacrán pica *porque no sabe;* el perro lame y acaricia porque empieza a saber, porque es, según la célebre frase, un candidato a la humanidad...

✠

De la mujer suele afirmarse que, cuando es mala, lo es más que el hombre.

«El hombre –dice Lombroso—trata de destruir a su enemigo; la mujer trata de hacerlo sufrir. Y esta diferencia sólo nace de la debilidad de la mujer. La crueldad es el arma defensiva y ofensiva de un ser débil. La mujer que es débil y que no puede vengarse aniquilando de un golpe a su enemigo, lo hiere como puede, lo tortura y se siente feliz de hundirle en las carnes los más agudos alfileres. La menor sensibilidad de la mujer es otra causa de su

crueldad. Cuanto menos se sienten los dolores, con más facilidad se causan a los demás; porque como las imágenes mentales del sufrimiento son menos vivas, no se cree haber hecho sufrir bastante sino cuando estos sufrimientos son excesivos.»

⊞

¿Es la maldad una fuerza en la lucha por la vida?

Muy al contrario: la manera más fácil de triunfar en la existencia es la conquista de los demás.

Debemos levantarnos diariamente con el firme propósito de conquistar almas.

La maldad forma el vacío en rededor nuestro; la desconfianza y la suspicacia son fuerzas repulsivas; la simpatía, en cambio, hace de cada hombre un colaborador nuestro, o cuando menos suprime en él la calidad de obstáculo.

Cuando alargamos la mano a un desconocido, nuestro propósito debe ser éste: hacer de él un amigo más. Las horas que pasamos en sociedad, deben dedicarse especialmente a conquistar amigos.

Una sonrisa, un apretón de manos, franco, un

saludo afectuoso, un obsequio mínimo hecho oportunamente, un cumplimiento discreto, que no sea jamás adulación, he aquí las más eficaces redes para pescar almas sin esfuerzo.

El pescador de almas adquiere pronto en su ejercicio una destreza insuperable.

Así como los donjuanes, mientras más mujeres conquistan, más poder de seducción adquieren para seguir conquistando, así los pescadores de almas, con cada pesca fructuosa, aumentan de un modo considerable su simpatía, su dón de gentes. La función crea el órgano...

Se ve, pues, que, aun dejando aparte la ética, un espíritu cordial, bondadoso, hospitalario, es un elemento incontrastable en la lucha por la vida. Sea dicho esto para los utilitaristas...

Para los otros, para los que no consideran la ganancia como finalidad de toda acción, para los seres excelsos, que, como Franklin, se preguntan siempre al llegar a cualquier sitio: «¿Qué bien puedo yo hacer aquí?»; para los espíritus superiores que sólo aspiran a difundirse, a derramarse sobre el mundo como el sol, en oleadas de luz, ¿qué recompensa mejor que la delicia misma de esta difusión?

«¿Cómo debe hacerse el bien?»—se pregunta el divino Marco Aurelio, y responde: «Hay quienes, después de haber servido a alguien, se apresuran a ponerle en cuenta este favor. Otros no hacen esto; pero tienen presente siempre en su memoria el servicio que han hecho, y miran a quien lo ha recibido como un deudor. Otros, por último, ni siquiera piensan que han favorecido a alguien, semejantes en esto a la viña que, después de sustentar los racimos, no pide ya nada más, contenta de haber producido el fruto que le es propio. El caballo que ha hecho su camino, el perro que ha cazado, la abeja que ha acendrado la miel, y el bienhechor, no hacen ruido; pasan a ejecutar otras actuaciones de la misma naturaleza, como hace la viña, que en la nueva estación da nuevos racimos...

⊠

El gran error de los ricos es pasarse la vida dando de comer... a los ricos; haciendo regalos... a los ricos, y sufriendo la ingratitud... de los ricos.

Cuántas veces, en un salón, después de una comida maravillosa, he oído decir a dos o tres ingratos: «¡Nos han envenenado estos cursis!» y he pen-

sado con tristeza en las fatigas del ama de casa por quedar bien; en el sueldo «presidencial» del cocinero francés; en la costosa vejez de los vinos...

¡Los pobres, en cambio, son tan agradecidos! Con la décima parte de lo que gastáis en un banquete, para que como premio os llamen cursis, haríais la felicidad de tantas gentes durante una semana, acaso un mes. ¡Y esas gentes no os olvidarían nunca! Y el placer que veríais en su rostro sería el mejor remedio para vuestro esplín pertinaz.

Por algo dijo el Evangelio que dar es mejor que recibir.

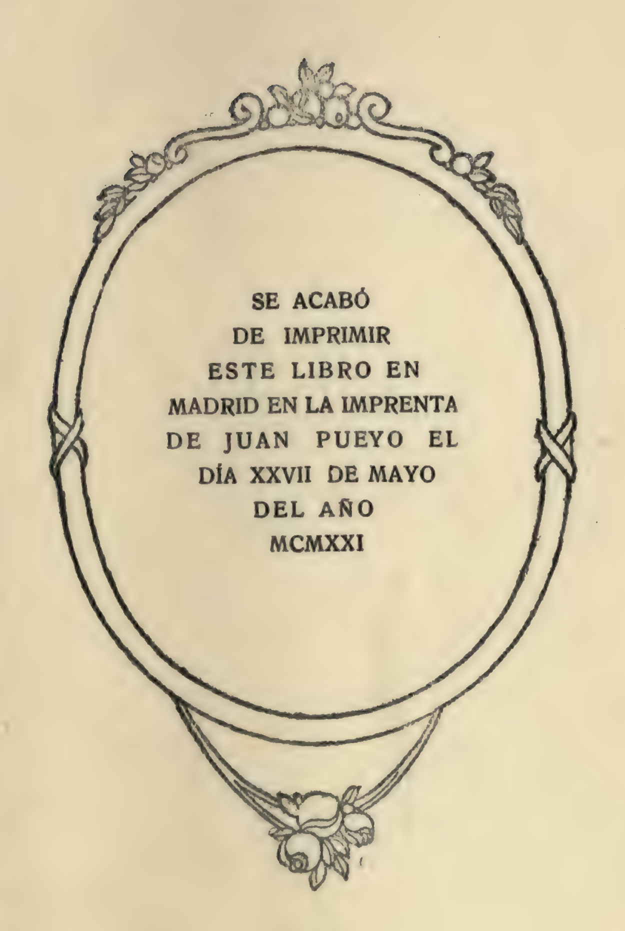
Dios es infinitamente feliz porque puede darnos infinitamente.





# INDICE

## COMO EL CRISTAL



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO EL
DÍA XXVII DE MAYO
DEL AÑO
MCMXXI